

este muerto! Llégueme la virtud de esa sangre; quitadme con ella mis desordenes, y ordenad en mí vuestro amor. Pues para Vos me hicisteis, poned en mí vuestro temor. Aborrezca yo lo que Vos aborrecéis, y ame lo que amáis. Apartad mi corazón de los ojos de los hombres, y ponedle en Vos. A Vos sólo contento yo, y descontenté de mí toda criatura. ¡Oh amador soberano de mi alma, oh remediator poderosísimo de mis pérdidas, conocedor sapientísimo de mis yerros y de mis remedios! plantad un tal aborrecimiento de mis males en este miserable corazón, y una tal estimación y amor vuestro, que huya de mí para Vos, y huya de todo lo que me trae ciego y engañado, hacia vuestra sombra y amparo. Conózcame toda criatura por quien soy; ayuden á vengar en mí vuestras ofensas. Despegad mi corazón de los afectos que le traen arrastrado, para que vuestras obras no queden en mí sin fruto. Ya que no gasté en Vos toda la vida, como Vos la gastasteis en mí, renovadme siquiera en la última parte de ella, aunque parezca tarde. Poderoso sois, que me hicisteis de la nada: hacédme de malo, amigo fidelísimo y siervo leal de vuestra casa. Mostrad, Señor, en mí la virtud de esa sangre, para que toda criatura os glorifique, viendo el poder y Majestad que tenéis encubierta en esa niñez y delicadeza. Toda alma conozca que la figura de pecador es en Vos poderosa para mudar pecadores en realidad de Santos; y que los más pobres de bienes, son por Vos y en Vos más ricos, más santificados y más abrasados en vuestro amor. Acordaos, Señor, que si nos adquirís mucha salud, porque padecéis mucho y porque amáis mucho, también digisteis que á quien más ama, más se le perdona: y pues tomasteis para Vos el penoso padecer, para darme á mí el suave amar, dadme este amor grande, para que me perdonéis mucho.

¿Para que tomasteis, Señor, con dolores y sangre el nombre de Jesús, si habéis de estar sordo para mí entre tantas voces como os dan mis necesidades? Antes de nacido mandasteis decir por el Angel, que os llamaríais Jesús, porque habíais de perdonar pecados. Pues, buen Jesús, veis aquí al pecador. Si por tener mucho que padecer y perdonar comenzáis á los ocho días, para tener tiempo para todo cuanto deseáis pasar, y luego os llamáis Jesús para empezar desde luego á salvar, comenzad por mí, buen Jesús. Oh mi Jesús, ya no os quiero pedir nada: Vos sabéis lo que he menester: haced en eso lo que Vos queréis; bástame á mí vuestro nombre: con Jesús he de ir dondequiera que me echéis ó me pongáis. Escribiré á Jesús en mis ojos, en mis oídos, en todos mis sentidos y en mi corazón: huirá de mí el infierno, me temerán los demonios, conoceráme el cielo; y Vos, mi buen Jesús, no me desconoceréis. ¿Por ventura puedo yo ser pecador, sin que Vos seáis mi verdadero Salvador? ¡Oh Jesús, Jesús mío, mi Jesús: Jesús, porque sois Salvador; y mío, porque soy pecador! Canta, alma mía pecadora, á mi Jesús: no te corras de ninguna obra buena, ni de El: cántale con amor ahora que es niño, pequeño y de tu medida: después llorarás con El grande, en la Cruz. No le digas ahora pecados, porque no le disgustes: dile so-

lamente cantando el nombre que El se huelga de oír. Oh Jesús, Jesús, Jesús; dulce Jesús, suave Jesús, hermoso Jesús, rico Jesús, amoroso Jesús, divino Jesús, amigo Jesús, Padre Jesús, compañero Jesús, Rey Jesús, todo para mí Jesús; descansa, Jesús, en este corazón que te desea, que quiere arder en tu amor. Si es corazón pecador, tú eres Jesús Salvador: si es corazón humano, tú eres Dios humanado: desfállece, mi Jesús, mi lengua y mi corazón con Vos; y pues no sé hablar, hábleos mi amor, mi suavísimo Jesús; oh, mejor hablad Vos, para que yo os oiga y os conozca, oh mi Jesús.

Oh Madre de Jesús, tan rica de El; enriqueced con El mi pobreza. Oh celestial corte de Jesús, que no tienes más bien que á El; llevádme con Vos á ver á Jesús para siempre. Amén.

TRABAJO VIII

Destierro de la patria por persecución de Herodes y adoración de los Reyes Magos.

TR^EINTA años enseñó Cristo nuestro Señor, con el silencio de obras maravillosas y perfectísimos ejemplos, las divinas doctrinas que al cabo de su vida, en espacio de tres años, había de publicar al mundo por obras, palabras y padecimientos; para que así quedasen las verdades evangélicas más claras, y las cosas más contrarias á la naturaleza se hiciesen con su compañía más dulces; la maliciosa doctrina del mundo y de la carne quedase más desengañada y la humana negligencia ó tibieza más sin disculpa.

Los yerros de la vida humana no podían ser reducidos á cierto y saludable camino, sino imitando el hombre las perfecciones de Dios; pero á éste no le veía; necesitaba no seguir á los hombres, á quienes veía, porque todos iban errados; por tanto, dice nuestro P. San Agustín, se hizo Dios hombre, para que el hombre tuviese hombre á quien viese y Dios á quien imitase; y porque las obras son para la imitación mucho más poderosas que las palabras, tomó Dios, hecho hombre, treinta años para las obras, y sólo el diezmo (que fueron tres) para dar á entender y declarar sus obras. No correspondía á la vida del Salvador que hubiese en ella tiempo ni edad ociosa de su oficio; por eso desde niño comenzó sus maravillosas y divinas obras por ejemplos contrarios á los errados principios de los hombres. La más general y ordinaria entrada de los errados de la vida humana, es meterse los hombres, cuando llegan á conocer, por el camino que hallan más trillado, y aprobar ó desaprobar las cosas que en el común aprecio de las gentes hallan más seguidas. Tratan luego de hacer asiento en lo suyo, en su honra, en su hacienda, en dar descanso y gusto al cuerpo, en divertir los sentidos, en parecer grandes, y tras de esto buscan pretextos á la virtud y contradicción con la vida; á que se sigue, por remate de todos los yerros, frialdad del amor de Dios, olvido del cielo y los demás vicios de que abunda la vida humana. Esto, que por la mucha costumbre y verlo tan trillado no se siente, es el cimiento y fundamento de todos los pecados y

el peligro de la salvación en que andamos; porque como el camino del cielo está cercado de enemigos para perderle, no puede ser mayor principio de peligrar que comenzar la vida tratando de sí, de su cuerpo, del mundo, del comercio con la gente y de las ocupaciones de la vida humana; porque tras de esto entran los ardidés de los enemigos que no daermen, y sin ser sentidos dañan cuanto pueden.

Por eso el espejo de eternas verdades, Cristo nuestro Señor, antes de llegar á la edad en que los hombres empiezan á tener uso de razón, como todo lo entendía con su eterna sabiduría, dió en sí varios ejemplos de los principios por donde los hombres deben comenzar. Antes de llegar á dos años, no quiso tener el descanso de la patria, ni lograr los regalos de su casa, lícitos ó útiles, y sin culpa en la edad de la niñez más que en otra de la vida; antes bien, en aquella tierna edad quiso ser desterrado para Egipto, no servido de amigos, sino perseguido de Herodes, antes de ser de él conocido. Dió ocasión á esto la entrada de los Santos Magos en Jerusalén, preguntando por el Rey nacido; porque después de nacer el Señor en Belén, así como de los estados de la clase de los pobres escogió pastores para que le adorasen, así de los grandes llamó sabios (que según el común sentir eran reyes) para que le conociesen. Pero á los pobres, como menos asidos á las cosas terrenas, los llamó por clara y expresa voz de los ángeles; y á los grandes, como más flacos é indispuestos para las cosas divinas, por aquello en que estaban acostumbrados, acomodándose á su profesión de astrología, llamólos por una estrella, para que por este medio se dejaran llevar más suavemente. No es nuevo en Dios acomodarse á nuestro modo, y tomar de cualquiera cosa que halla en nosotros, ocasión para llevarnos á sí, como amantísimo Padre que sabe sacar de la miseria y flaqueza de sus desterrados hijos modos de salvarlos; porque sabe que si no pusiere de suyo estas invenciones, quedará su casa despoblada de los moradores y herederos de ella. Así á estos sabios en los astros apareció una nueva estrella, llamada así por el nombre vulgar que ponemos á lo que se parece á ellas, aunque sea planeta ó algún cometa; pero en la substancia era muy diferente, por no ser de materia celestial, sino de aire ó fuego, y era también diversa por el lugar, pues no estaba fija en el cielo, sino en la región del aire; y también diversa en el curso, que no era de Oriente á Poniente, como el de las demás; y en el tamaño, porque siendo incomparablemente más pequeña que las demás estrellas, parecía mucho mayor, por estar mucho más cerca de la vista. Pero era tal el resplandor y extraordinaria hermosura, que arrebatava á la ponderación de lo que sería.

Ayudó nuestro Señor (como se debe creer) con interior revelación la novedad de tan hermosa estrella, con que entendieron haber nacido en Judea un Rey, á quien se debía divina adoración en la tierra. Desaparecida la estrella determinaron caminar en su seguimiento; y como nuevos en los consejos de las cosas divinas, no alcanzó su juicio, por entonces, más que á pensar que sería nacido

como los reyes de la tierra en ricos palacios, en la principal ciudad y cabeza del reino, que por lo mismo debía estar ardiendo en fiestas ó invenciones costosas, para demostración del público placer. Permitted Dios en sus nuevos siervos esta opinión, por ocasión de que fuese en Jerusalén y en Judea, como un público pregón de su venida á la tierra: para que todo hombre de buen espíritu le tuviese en busca de tan gran bien, y los descuidados despertasen del sueño de su perdición. Entrados los Magos en Jerusalén, lo hallaron todo frío, y con tan poco rumor de alborozo, que empezaron á preguntar por el Rey nacido, y publicaron la señal que acerca de esto habían visto en el cielo. Estaba Judea dominada de un rey extranjero, que se llamaba Herodes (y era la propia conjunción del tiempo, en que había de venir el Mesías, según la profecía de Jacob); pero estaba ya aquella gente tan fría en la esperanza de tan gran bien, y tan adherida al servicio y gobierno del extranjero idólatra, que en lugar de mirar por sus cosas con seria consideración, se perturbaron todos con el miedo de que hubiese nuevas pretensiones al reino, y nuevos levantamientos que suelen destruir la tranquilidad y prosperidad de la república.

La mayor parte de esta perturbación llegó á Herodes, por tan nueva y no esperada pregunta de un nuevo Rey recién nacido; porque como sabía por el trato de los judíos, que éstos esperaban al Mesías y por El la libertad de la patria, y Herodes era tirano y extranjero, todo le llenaba de sospechas y recelos de que esto podía ser principio de su destrucción. Obligóle la malicia á dar más crédito á los Magos, por el mal que se temía, que el que les dieron los judíos para buscar tan gran bien como les anunciaban. Pero como era astuto, fingió tranquilidad; y recibiendo á los Magos con agrado y disimulo, trató de saber de los judíos literatos lo que acerca de esto tenían en sus Escrituras, para que tan venerables personas no anduviesen erradas. Los sabios respondieron con la profecía de Miqueas, que había de nacer en Belén; pero encubrieron la substancia de la profecía, que dice será su salida de los días eternos; con que declaraba ser Dios, contra quien montaba poco todo el poder de Herodes. Pero por no mostrar que se alegraban de cosa que impidiese la conservación del reino de Herodes, quisieron adularle y conservarse en la privanza con encubrir parte de la verdad.

Herodes determinó matar al Señor en la primera edad, para atajar sin estruendo lo que adelante podía suceder: y fingiendo religión y santidad, habló á los Magos en secreto, porque de ninguno se fiaba menos que de los judíos, que pretendían conservarse en su valimiento; disponiendo así Dios que queden desarmadas las humanas pretensiones que van fuera de sus caminos y no tengan otros mayores contrarios y ministros de sus daños, que los mismos por quienes dejan la verdad y virtud. Y como los ánimos de los Magos estaban limpios sin malicia, averiguó Herodes muy por menudo el tiempo y las demás circunstancias de la señal que vieron del nuevo Rey, y lo que más les movió para venirle á buscar. Por eso, mostrándose

muy sentido de no haber merecido ver en su tierra lo que ellos tan de lejos alcanzaron, les pidió que fuesen á Belén y volviesen á info marle de lo que hallasen, mientras él se quedaba previniendo para irle á adorar con su corte y reconocer tan gran Señor.

No imaginando los Magos ningún mal de tan disimuladas palabras, tomaron el camino para Belén, sin que hubiese en Jerusalén persona que siguiera por curiosidad los acompañase. ¡Tan ciega y descuidada estaba de lo que le convenía! En saliendo se les apareció nuevamente la estrella, que les convirtió en sumo gozo el disgusto que con su falta llevaban, y los guió hasta ponerlos en el lugar en que Cristo había nacido. La Virgen sacratísima, sobresaltada con el rumor de la gente, recogió en sus brazos al Señor guardando su tesoro; pero los Magos, alumbrados con nueva luz interior, que del Divino Verbo Encarnado les procedía, entendieron los divinos consejos, y en aquella pobre y pequeña casa reconocieron en los tiernos miembros á la Divina Majestad, y adoraron á su Dios encubierto en tan humildes apariencias exteriores, y le ofrecieron postrados en tierra, oro, incienso y mirra. Pero Dios, contra cuyos consejos nada puede la humana malicia, mandó á los Magos por revelación hecha en sueños, que se volviesen á su tierra por otro camino y dejaran burlado á Herodes. Obedecieron, volviéndose consolados, y la malicia y el ardor de Herodes quedó cortada.

Passaron muchos días sin poner Herodes por ejecución su depravado intento de matar al Niño; así por los muchos días que esperó la vuelta de los Magos, que Dios envió por otro camino, como por negocios grandes del reino, que Dios dispondría se juntasen en aquella coyuntura para llevar adelante sus divinos consejos. En este tiempo intermedio pudo el Señor ser presentado pacíficamente en el templo y la Señora reoírse á su casa de Nazaret. Pero Herodes, que andaba con el recelo de que en su tierra fuese creciendo la raíz de su destrucción, no perdía de vista la resolución de buscar al Señor y matarle, si tuviese oportunidad. El Padre Eterno envió un ángel á San José revelándole en sueños que huyese con la Virgen y el Niño para Egipto, porque había de ser buscado para quitarle la vida; y estuviese allí hasta que le avisase, como lo hizo después de la muerte de Herodes, volviéndose á Nazaret de Galilea, sin entrar en Judea, por el recelo y miedo de Arquelao, hijo de Herodes, que reinaba en ella. Las revelaciones hechas en sueños no disminuyen la verdad de las cosas reveladas, porque no son sueños vanos, como los que ordinariamente tenemos, sino acompañados de luz divina y de una cierta soberana certificación interior de las cosas reveladas, que las hace más ciertas que si fuesen vistas por los ojos despiertos. Así lo declaran las palabras que Jacob dijo despertando del sueño (en que se le había revelado la escala que llegaba al cielo, por la cual subían y bajaban ángeles). Verdaderamente, este lugar es santo y yo no lo sabía. En lo cual declaro que no estaba menos cierto de la santidad de aquel lugar, revelada en sueños, que si despierto la tuviera muy conocida.

Así San José, pudiendo humanamente dudar si el sueño era divina revelación, pues le mandaba huir con el Niño, siendo Dios, contra quien nadie tiene poder, con todo eso no dudó; porque con la angélica revelación le fué dado un tan claro conocimiento, por luz divina de la sabiduría del consejo eterno, por donde aquel divino Niño se guiaba, que sin dilación alguna se levantó de noche con presteza y huyó.

Volviendo al principio de donde esta historia nos condujo hasta aquí, se ve bien claro cuán pronto empezó nuestro Señor á ser perseguido del mundo y á enseñar con esta ocasión la verdadera, cierta y segura entrada de la vida humana para asegurar el cielo; la cual es comenzar la vida como peregrino y como quien no tiene ciudad permanente en esta vida, sino caminar para la otra que no tiene fin. El fundamento que de esta vida y de sus cosas hacemos, destruye del todo los fundamentos del cielo; porque son tan contrarios, que la eternidad de la vida del cielo comienza y se funda en el uso de las cosas de esta vida tan moderado, como de cosas vanas y perecederas por las cuales se ha de pasar caminando y suspirando siempre por la eterna vida; y la pérdida de la vida mundana tiene por fundamento usar de las cosas transitorias, como si fueran eternas, y hacer en ellas tanto asiento como si fuesen perpetuas, con frialdad y descuido de la vida que dura para siempre. De suerte que el mucho asiento que ordinariamente hacen los hombres en la vida terrena, es el principio de perder la del cielo. Por eso San Pablo ensalza mucho la fe de Abraham, Isaac y Jacob, que sacados por Dios de su patria terrena, Mesopotamia, para Palestina, tierra que les prometía por suya propia y de sus descendientes, todavía ellos vivían allí como huéspedes y peregrinos, en tiendas, sin hacer casas ni asiento, como en tierra ajena; porque hacían más aprecio de la ciudad soberana y perpetua fabricada por Dios, que ellos deseaban, cuya esperanza les hacía siempre confesar que eran peregrinos en la que vivían. Y aunque éstos saludaban desde lejos la vida y ciudad soberana, con todo eso, dice San Pablo que no se corría Dios de llamarse Dios de ellos; porque así como por una parte les tenía El prevenida la ciudad del cielo, así ellos por otra vivían en continuos suspiros y y deseos de aquélla, y esto contentaba mucho á Dios.

La vida del peregrino se satisface con poco, y corta muchas demasías de que la patria está surtida. El hacer patria del destierro y peregrinación, es un mal casi incurable. De esto nacen, como de semilla, las varias ocupaciones de los hombres, todas arraigadas en la tierra, y los pecados familiares de que se hace trato; el excesivo regalo del cuerpo, que lleva tanta parte de la vida, del alma, de la conciencia, y otras varias cosas que traen la salvación arriesgada. El Salvador, que quiso peregrinar con nosotros, no guardó los trabajos del destierro para el fin de la vida, sino muy niño dejó el asiento de la patria, pasó á tierras extrañas, dejó el regalo y cariño de los suyos, pasó los trabajos de caminos largos y no sufrió ningún descanso corporal, ni aun el muy lícito. Si el camino era en invierno

no, si en verano, de cualquier modo le había de costar mucho: porque como la Señora era muy pobre, no podía usar carruaje que le aligerase el camino, ni la posibilidad era tal que pudiese recogerse en casas de mucho abrigo; ni las vestiduras tan acomodadas para defenderse de las asperezas é injurias de los tiempos, que el viento y frío, el sol y el calor, no las penetrasen mucho. Así, sin duda, pasaría la Señora con el Niño muchas noches en el campo, con mucho trabajo y desabrigo: porque ya desde niño comenzó á ser sufrido cordero, sin dar ninguna pena á la Madre que le criaba. Puesto en Egipto (tierra extraña, donde la Señora vivía de su aguja, San José de su trabajo y el Niño iba creciendo), los trabajos y necesidades que padecerían no pueden imaginarse. Verdad es, que si las penurias eran muchas, y pocos y muy pobres los remedios; con todo eso, el trato y conversación era con Jesús que hace todo trabajo suave, toda pobreza rica y toda falta abastecida. Pero así templaba el Señor una cosa con otra, que los alivios divinos y espirituales no quitasen á su cuerpo el peso de los trabajos.

La otra parte de este trabajo del Señor da mucha materia de consideración, que es ser perseguido del mundo en tan pocos días como tenía de vida y tener ya por principales enemigos á los más poderosos; pues no quieren menos que quitarle la vida tan necesaria al mundo. Ya en esta edad manifestaba principios de lo que al fin de la vida había de hacer, en sufrir, callar, dejar hacer de sí cuanto los enemigos quisiesen, y para eso encubría la Majestad y poder de su divinidad. Pero estaba el Señor tan contento de verse entre los hombres en el mundo, siéndole muy fácil y muy propio (ya que quería huir) encubrirse aquellos años en el cielo; más quiso peregrinar por la tierra con trabajo, que dejarla, hasta que la hiciese camino llano para el cielo. Así con su entrada y mansión en Egipto dejó consagrada aquella tierra y acalorada de su espíritu, para ser después poblada de tantas y tan grandes almas de siervos suyos perfectísimos, como los que en aquellos desiertos vivieron muchos años y desde allí fueron á poblar el cielo. Este es el Señor que siempre saca bienes de males, y tomó sus trabajos por instrumentos de las riquísimas mercedes que hizo al mundo. Pero el mundo es tal, que no puede sufrir la vida del Señor, de que no era digno, y pretendió acabarle antes de ser con su sangre redimido. Tan enemigo se mostró siempre de este Señor, que desde niño le quiso matar, y toda la vida le persiguió, y en la última hora en que el Señor quiso de él algo con que apagar su mortal sed, le despidió de sí con hiel y vinagre. Este es el mundo á quien servimos, por quien nos matamos y por quien á veces nos perdemos. Tan ciego, que no pudiendo conservarse mejor que conociendo y sirviendo á este Señor, quiso antes perderse procurándole la muerte, que salvarse buscando su amistad y sirviéndole.

Tenemos aquí clara prueba de la verdad que dijo Jeremías, de ser bueno y provechosísimo al hombre hacerse al yugo desde la mocedad: porque éste se mantendrá quieto y callado en toda per-

turbación de la vida, porque se levantó sobre sí. En los *Cantares* se goza la Esposa de que guardó para el Señor toda la fruta nueva y añeja. David prometía á Dios, que guardaría para El toda su fortaleza. Y todo esto es á imitación del ejemplo del Señor, no guardar su servicio para el tiempo de la vida cansada y fuerzas gastadas, sino luego en la flor de la edad consagrar á Dios las fuerzas y primeros frutos del alma. Muy bajos pensamientos son el pensar que después de mucha experiencia del mundo, y gastado en él todo el acero, es Dios mejor servido. Con este engaño lleva el mundo el mejor tiempo de la vida, y el demonio la mayor parte de las almas. El espíritu y el ejemplo del Señor enseña, que pues El para nuestro remedio hubo de menester toda la vida, no cuidemos nosotros que podremos satisfacer al servicio de tan gran Dios con la menor y más flaca parte de ella. El llenar la vida de muchos ejercicios de virtudes, de muchos trabajos sufridos por amor de Dios, y de muchos merecimientos, es la cordura de la sabiduría cristiana; y ojalá que la mala vida diese al fin una buena vuelta; pero recelo que la acostumbrada al mal en la mocedad, sea descuidada y perezosa en la vejez.

Ya que la entrada de los Magos en Jerusalén dió ocasión á este trabajo del Señor, añadiré aquí el ejercicio de este misterio; así porque fué principio de llamar á los gentiles al conocimiento é imitación de este Señor, como para que alcance de El la misma luz quien no la tiene, ó para recobrarla el que la tenga perdida. Y porque el Señor no quiso comenzar su peregrinación á Egipto, sin ser primero ofrecido á su Padre en el templo, y tomar su bendición y obediencia, añadiré también otro ejercicio acerca de este misterio, por imitar al santísimo varón Fr. Luis de Montoya, que me crió, y cuya vida escribí; el cual, en veintidós años que le tuve por Prelado, siempre nos alentaba á los súbditos á que en la fiesta de la Purificación nos ofreciésemos con Cristo á la obediencia del Señor. De este modo tendrán los que se ejerciten en la consideración de los trabajos del Señor ejercicios particulares para estas tan principales solemnidades de Epifanía y Purificación. Y después de estos ejercicios, pondré lo que pide la materia del Trabajo de la peregrinación del Señor.

EJERCICIO DEL LLAMAMIENTO DE LOS MAGOS Á ADORAR AL SEÑOR EN BELÉN

Levantaré mis esperanzas y mis deseos á Vos, mi Dios y mi Señor, mi clara luz y único resplandor, luz de mis ceguedades; porque en Vos tengo la perfecta satisfacción de cuanto puedo desear, y el cierto y cumplido remedio de todas mis necesidades. No sabe mi esperanza comprender la grande é inmensa multitud de bienes que de Vos puede esperar. Mucho espera; pero ese mucho no lo entiendo; todo lo espera, mas no alcanza lo que es ese todo; cosas soberanas é infinitas espera, mas está lejos de saber lo infinito de vuestros bienes. Sois, Dios de mi alma, mayor que todo lo mucho;

sois más rico que cualquier todo; sois más incomprendible que todo lo infinito; y cuando me alargó á pensar mucho de Vos para deseáros mucho, os hallo mayor sin comparación que todo lo grande y todo lo inmenso que de Vos imagino. Pues, soberano é infinito tesoro mío, no quiero saber cuán grande sois, pues no puedo; pero alárgome á desear y suspirar por ese abismo de eternos bienes y de incomprendibles grandezas; conténtome con creer que todo eso cuanto sois, sois mío, y yo soy criatura y siervo de esa Majestad y grandeza. ¡Oh, si se anegase mi nada en ese abismo de infinito ser; si se anegase mi ceguedad en ese resplandor de luz infinita; si se anegase en esa vida vivífica; mi tibieza en esa eternidad de fuego y amor y todo lo que soy, y no soy, en lo que Vos sois, Dios mío y todo mi bien! En Vos han de tener fin mis miserias, resurrección mis muertes, luz mis tinieblas y mudanza mis imperfecciones y culpas. En Vos he de ser limpio, sano, instruído, guiado y llevado hasta Vos.

Poco había que andar para llegar á Vos, Señor mío, que estáis en todas partes, si mis culpas no hubieran hecho división entre mí y entre Vos. Mas yo, por una parte, me aparté; y Vos, por otra, sois tan inmenso, tan puro, tan alto, tan divino, que si Vos no me lleváis no podré jamás llegar á Vos. Así lo tenéis dicho: que ninguno puede ir á Vos si vuestro Eterno Padre no le llevara. ¿Cómo os ha de ver mi ceguedad sin vuestra resplandiente luz? ¿Cómo os puede amar mi frialdad sin el fuego de vuestro amor? ¿Cómo puede juntarse con Vos mi bajeza, si vuestra grandeza no me levanta? ¿Qué puede la nada sin el que tiene en sí la fuente de todo ser? Llevadme, Señor, á Vos, pues para eso bajasteis á la tierra. Visteis que erraba, y vinisteis á encaminarme; visteis que me perdía, y vinisteis á salvarme; visteis que huía de Vos, y vinisteis á buscarme. ¡Oh Salvador mío, oh buen Pastor mío, oh sapientísimo Gobernador mío, oh amantísimo Remediador mío! Soy yo el necesitado, el errado, el miserable, el falto de todos bienes, el flaco para todo bien, el llagado de todas culpas, el caído en toda miseria, y con todo eso no conozco al mismo tiempo mi miserable estado, ni siento mis necesidades, y pienso en mis vanidades y mentiras, y me revuelvo en mi propio lodo sin sentirlo; y Vos, Dios mío, estáis todo ocupado en mí, todo inflamado en amor de esta alma pecadora. Todos vuestros cuidados son buscar invenciones de llamarme, de alumbrarme y de llevarme á Vos. Nacido en el mundo, luego llamáis á pobres pastores, luego enviáis estrella á los Magos del Oriente. No quieréis estar en la tierra ni un instante sin mí, para cautivar de vuestra sobresubstancial hermosura, para llenarme de vuestros soberanos bienes, y para tenerme siempre con Vos en vida, riquezas y placeres infinitos. ¿Tan pobre estáis sin mí, riqueza infinita, que no descansáis hasta tenerme con Vos? No esperáis que yo primero os ame, os desee, os busque y os halle; ni esperáis por mis servicios y merecimientos; ni hacéis cuenta de lo que en mí

habéis de hallar; mas porque sabéis que no habéis de encontrar cosa buena nacida de mí, casi todo lo ponéis de vuestra parte, excitándome á que consienta y coopere al bien, y ayudándome poderosamente para ello. Amáisme de gracia, atraíisme sin necesitarme; sólo queréis que os acepte y que me deje llevar de Vos. ¡Oh, si os oyese mi sordera; si os amase el segundo, ya que no soy el primero; si me dejase llevar, ya que no os busco; si os dejase hacer, y diese el consentimiento que me pedís! ¡Cómo me formaríais á vuestro deseo, y cómo saldría yo tal, que vuestros purísimos ojos pudiesen hallar contento en vuestra criatura!

Vos, luz divina, por medio de una materla y resplandiente estrella movisteis los ánimos de los Magos, y con vuestra luz divina ilustrasteis sus corazones para que fuesen á buscaros y adoraros: mas con vuestra presencia (aunque encubierto en pequeños miembros, envuelto en pobres paños, y aposentado en casa y madre pobre) los instruisteis de todo, y así os conocieron y adoraron como á su Dios y Señor. Allí perdieron la bajeza de sus pensamientos; allí levantaron á Vos sus deseos; allí os entregaron todo su amor; allí rindieron su espíritu y libertad á vuestra ley y servicio; allí os tomaron por su soberana riqueza, y Vos á ellos por primicias y pacífica posesión de todas las almas que veníais á buscar á la tierra. Vos los llamasteis; Vos los movisteis; Vos los guiasteis; Vos los enseñasteis; Vos los mostrasteis vuestros secretos; Vos, con Vos santificasteis todos sus deseos, sus espíritus y sus corazones. ¡Oh, quién os supiera, Dios mío, dar gracias por las mercedes que, cuando menos lo merecemos y cuando menos lo deseamos y pensamos, nos hacéis! Cuántas veces sucede que llamáis al alma con alguna estrella de buena inspiración; y ella, movida con un ascua de vuestro amor, anda tras Vos; ya os halla, ya os pierde, ya os tiene, ya os desaparecís, ya piensa que os contenta, ya juzga que la desecháis; y andando entre zozobras sigue ya un camino, ya otro, juzgando que cualquiera la puede llevar á Vos; y como sabe poco y anda ciega, en todos se pierde, sin saber caminar; porque os desea y no os sabe desear; os ama y no os sabe amar; os busca y no sabe atinar con el verdadero camino. Desconfía de sí y no acaba de fiarse totalmente de Vos, porque aunque lo quiere, no lo sabe hacer. ¡Oh mi Dios! Vuestros ojos ven estas vueltas y revueltas, y calláis, y disimuláis, hasta que llega aquella dichosa hora en que el alma estando más flaca y más descuidada, la abris los ojos y ve el camino de la verdadera paz y de la verdadera vida; os ve cerca de sí; ve cuán propio y fácil es ponerse en vos; ve, no sé cómo, pero que sin duda la llamáis. Sin hablarla, de repente la enseñáis. Queda el cuerpo no sé dónde; pero yendo siempre conmigo, se queda. No sabe el alma si anda, y siempre camina, y siempre llega. Os tiene y os busca, y no os halla menos buscándoos. Si la mandáis entrar, allá se halla; si la mandáis salir, no se aparta. Ve, y no sabe qué; oye, y no sabe qué, ni sabiendo á quién; porque lo que ve no es corporal, y lo que oye se dice sin palabras. Ama, y ama, y más ama. Ama, y aunque

ve y oye como peregrina del cielo, no se puede decir por palabras humanas lo que el amor puro (aun en este destierro) puede recibir de Vos.

¡Oh mi Jesús, oh mi Niño, oh mi Rey, oh mi Dios, qué hora aquélla, qué luz aquélla, qué comunicación de bienes aquélla, qué dádiva y entrega aquélla! Lo que aquello es, Vos lo sabéis; mas vuestra criatura sabe que si os fuere fiel y no se distraiere de vuestra comunicación, y conservare el don recibido, y renunciare todo lo que aquello no es, que por mucho que en aquella hora reciba no tiene más que principio de los infinitos piélagos de riquezas que tenéis para comunicarla. ¡Oh alma de mi alma! Quien tiene alma, ¿qué bien tiene si no la tiene viva con Vos? ¡Oh vida de mi vida! Quien tiene vida, ¿cómo vive, si no vive en Vos? ¿Puede mi corazón teneros todo en todo, uno á uno, único á único, y puede ensancharse en Vos, y anda miserable fuera de Vos? ¿Puede vuestra criatura olvidar su bajeza, y estar en brazos con Vos, y se desprende de Vos? Anda escarbando por la tierra, haciendo sendas como topo, ocupado en telas de araña, el que emplea su cuidado y sentido fuera de estos bienes que daís y mostráis en lo interior. ¡Oh amor divino, que esto sabéis y esto deseáis comunicar á todos, y por esto hacéis de Vos tantos manjares; ¿quién os detiene para que no lo abraséis todo? ¿Quién os impide lo que deseáis? ¿Quién os va á la mano para lo que con tanto trabajo procuráis? Llenadlo, Señor, de estrellas, si ellas nos han de guiar á Vos. Llenadlo todo de ejércitos de ángeles, si ellos nos han de encaminar á Vos. Enloqueceo, mi buen Jesús, no sé lo que digo. Naced Vos en estos terrenos corazones, y apareced á estos ciegos espíritus, descubrid vuestra hermosura á estas erradas almas, soldad el fuego de vuestro amor, que se esparza y á todos nos llevaréis á Vos, ¿Para qué es la libertad, ni el albedrío, si le tengo tan mal empleado que no os busco? No sé hablar, Dios mío; os hable vuestro amor y á vuestro amor hablen mis necesidades, y á mis necesidades vuestras misericordias; métanse en medio vuestra gracia y bondad; oigámonos, hagamos paces y perpetua unión; vivid Vos en mí y viva yo siempre en Vos, por Vos y para Vos.

¡Oh miserable alma, pecadora ó ingrata, que llega á recibir la luz y vuelve á cegar; recibe el fuego de amor y vuelve á resfriarse; recibe el perdón y vuelve á pecar; fué introducida á lo íntimo de vuestra suavidad y riqueza, presa de vuestra hermosura, y se vuelve á olvidar y á salir de donde había entrado! Volvió como puerco al lodo, y como perro al vómito. ¿De qué se quejará si Vos no os fiáis más de ella? ¡Oh divina bondad que tanto sufres, y aun sobre todo esperas, llamas y te ofreces! Lloraré, mi Dios, ante Vos estas miserables y desventuradas caídas; me asiré de vuestros pies y de esta flaqueza que tomasteis para remediarme. Justamente me entregáis á mis enemigos y á mis vicios y á mis malas inclinaciones, y justamente me dejáis ser de ellas azotado y agraviado continuamente; pues siendo por Vos llevado á la bodega de vuestros

suaves vinos, volví á beber de los charcos emponzoñados. Pues no quise vuestra casa, razón es que ande mendigando por las ajenas donde ningún bien hallo; pues no quise vuestros brazos, razón es que ande debajo de los pies de mis desordenadas aficiones; y pues no fui leal en guardar lo que me disteis, justo es que, aunque pido, no reciba; doy voces y no me oís, llamo y no me respondéis. Pero, Señor, aun con todas mis deslealtades, sois fidelísimo y pastor óptimo de esta errada oveja. Aún no me arrojasteis en el infierno; aún no me entregasteis al demonio; aún no me condenasteis á perpetua separación de Vos, ni me desamparasteis del todo. Por ello os doy infinitas gracias. No os vuelvo á pedir aquellos paternos regalos que hacéis á vuestros leales siervos; pídoos, Señor, que no me echéis de vuestra casa; recogedme en ella, entre los vuestros; dadme lágrimas por pan, de día y de noche, hasta que halléis en mí otra vez la pureza que Vos deseáis, y vuelva yo á ver esa cara, y esa hermosura, y digáis con blandura á mi alma: Yo soy tu salud, tu fortaleza, tu constancia; porque humillada y desconfiada de sí, os buscará de nuevo, y seréis glorificado en ganar lo perdido; alumbread lo que es por voluntad ciego, y volveréis á recobrar lo que merecía ser desechado.

Mas así, tal cual soy, me postro aquí delante de esa divina Majestad, encubierta en esa pequeñez; y con estos Santos Reyes me entrego á Vos por perpetuo siervo vuestro, para que con ellos me recibáis. Soy pobre, no tengo oro, incienso y mirra que ofreceros como á Dios, como á hombre y como á mortal que sois por mi amor. Mas todo lo que me tenéis dado y lo que Vos sois, os lo ofrezco. Ofrézcoos por mis pecados el dolor de ellos, porque deseo no ofenderos más, y me duele el haberos ofendido, mi Dios y mi amantísimo Jesús; ofrézcoos la confesión que mi corazón y mi lengua os hace, sintiéndome llagado de las ponzoñas vivoras de mis pecados, en que caí por apartarme de Vos, salud verdadera de esta alma pecadora; ofrézcoos el deseo de satisfaceros, ó de que Vos os satisfagáis en mí á vuestra voluntad, para que, sujeto á cuanto ordenéis, os complazca; ofrézcoos las tres potencias que me disteis en el alma: mi entendimiento, para que le alumbrés en vuestro conocimiento y en vuestras puras verdades; la memoria, para que la llenéis de Vos y la limpieis de vanos pensamientos é imaginaciones fuera de Vos, y la voluntad, para que la purifiquéis con el fuego de vuestro amor, á fin de que con toda ella os ame; ofrézcoos las tres divinas virtudes que en el bautismo me disteis: la fe con que os creo y adoro por mi único Dios, Señor, Criador, Redentor y todo mi bien: la esperanza, que alargo á cuantos bienes puedo desear de Vos: el amor, con que deseo unirme á solo Vos en unión perpetua de caridad. Ofrézcoos, buen Jesús, lo que más os contenta, que es lo que sois para mí: vuestro sacratísimo cuerpo, vuestra alma purísima, vuestra divinidad, donde está todo bien y toda sabiduría. Ofrézcoome á vuestro Eterno Padre por vuestra preciosa sangre; y á Vos, por las entrañas de misericordia y amor con que os envié

á la tierra vuestro Eterno Padre; y al Espíritu Santo, porque es amor infinito que arde en Vos y en el Eterno Padre. Pidoos, Señor, que así como aceptasteis el oro, y mirra de vuestros Magos, con sus corazones, y los iluminasteis en vuestro conocimiento, y luego los encaminasteis y fuisteis su guía, y los apartasteis de vuestro enemigo Herodes, así me alumbréis á mí, luz divina; y me encaminéis, verdad soberana; y me resucitéis, vida verdadera. Apartadme de todo lo que os descontenta: no me guiéis para fuera de esta vuestra casa, ni me apartéis de estos pies. Aquí, aquí, buen Jesús; aquí, todo mi bien, dormiré y descansaré en paz en Vos mismo.

Oh Madre Virginal y Virgen perpetua, Madre Santísima, tan poseída de los tesoros divinos, que en este Señor se encierran, y tan Señora de ellos; repartid con este pobre miserable, no el oro, incienso y mirra que os queda (y no es el que os hace rica), sino las riquezas del cielo, de que sois tesorera y repartidora; para que con lo que me diéreis, tenga que ofrecer á este Señor cosa que le contente, y con que yo sea recibido y cautivado de su amor. Oh corte celestial, que á este Rey soberano sirves, adoras y siempre le contentas; ¿qué le puedes pedir que te niegue? Pues claramente ves lo que desea franquear á sus desterrados, alcanza de El que no tarde con sus misericordias y que me lleve á sí y á vuestra compañía. Amén. ✓

DE LA OFERTA DEL SEÑOR EN EL TEMPLO, EN LOS BRAZOS
DEL SANTO SIMEÓN

Para materia y fundamento de este ejercicio, debe tenerse presente que cuarenta días después del parto virginal, quiso el Señor que su sacratísima Madre cumplierse dos leyes, á que no estaba obligada. Una, de no entrar en el templo sino después de cuarenta días (porque la mujer que paría varón, era tenida por no limpia en todos aquellos días) y que ofreciese por su limpieza un cordero y una tórtola, si fuese rica; y si pobre, dos pichones ó dos tórtolas. Pero la misma ley de Moisés la desobligaba, declarando que hablaba de las que parían hijos por generación humana; y la Virgen había concebido del Espíritu Santo; pero como verdadera imitadora de su Hijo Dios y Señor, más quiso la honra de parecerse á El en la humildad, que el crédito de su pureza virginal, encubierta por entonces al mundo; pues veía delante de sus ojos la Majestad Divina humillada en todo, en figura y leyes de los pecadores, sin tener pecado; y ella se preciaba más de imitarla y decirse sierva suya, que no de Madre. La otra ley era, que todo hijo primogénito fuese ofrecido y dedicado al servicio de Dios en el templo, pasados los cuarenta días, y quedase á servir allí, si fuese de la tribu de Levi (que era el sacerdotal), y no siendo de aquella tribu, podía ser libre de aquel servicio, dando por él un cierto precio. Esta ley tampoco obligaba al Señor, porque hablaba expresamente de los primogénitos nacidos por obra de varón, y el parto de la Virgen no fué así, sino virginal y purísimo.

La oferta que hizo, fué la mandada á los pobres, manifestando en esto, que aunque los Magos dieron á la Señora oro, incienso y mirra, lo repartió á los pobres por no apartarse del aprecio de la santa pobreza que el Hijo de Dios quería seguir y enseñar en la tierra, según veía por experiencia; pues si la Señora mantuviera todavía aquellos dones, podía comprar un cordero con que cumplir la ley enteramente; pero Ella ofrecía por los pecados del mundo el Cordero de Dios, del cual sólo estaba rica, y por sí ofreció un par de palomas ó tórtolas, volviendo á recibir á su Cordero Jesús por precio de pobres, que dió por El, para criarle como Redentor del mismo mundo: para que se vea la particular consideración y agradecimiento que merece la competencia espiritual de Madre é Hijo en seguir la humildad y pobreza, y trabajar cada uno en parecer lo que no es, y menos de lo que son; pues todo nace de la misma fuente de amor de que procedieron todos los trabajos de Jesús.

El Santo Simeón era, según el Evangelio, temeroso de Dios y justo, en quien habitaba el Espíritu Santo. Deseaba con grandes ansias la redención del mundo. Cansábase la vida; mas la sufría, porque el mismo Espíritu Divino le había prometido que antes de morir vería al Hijo de Dios hecho hombre; y en el día en que la Señora había de ir al templo, le mandó el Espíritu Santo que fuese allá á esperarle. Estaba ardiendo y suspirando, con los ojos fijos en la puerta, mirando y remirando á los que entraban; pero ninguno le decía el Espíritu Santo ser el Señor, hasta que la sacratísima Virgen y José llegaron sin ningún aparato ni ostentación, sino con muestras de estrechísima pobreza y purísima sencillez; y lo que á todos estaba encubierto, no se pudo esconder á los ojos que estaban inflamados del amor divino, pues en viendo el Santo viejo á la Señora al punto la conoció; y renovado como águila en la vejez con el ardor de aquel divino sol, que con su amor le abrasaba, sacudiendo las viejas y terrenas plumas se abrazó con el Niño; y tomando en sus brazos al que interiormente le guiaba, comenzó el terno y viejo cisne, ronco hasta allí por los deseos, clamores y largos suspiros, á afinar (como en la última hora) lo alto de su voz, cantando suavemente los gustos con que ya moría y acababa su prolongado destierro, pues había visto la luz del mundo y la salud que tanto deseaba.

EJERCICIO DE ESTE MISTERIO

Espejo de eternas verdades, de divina bondad y de incomprendible sabiduría, Hijo de Dios vivo, Jesús, Maestro y Redentor mío, abrid mis ojos para que en Vos vea vuestros consejos y caminos; enfervorizad mi deseo para que, con el santo Simeón, os busque, os halle, os abraze y en Vos descance. Humillad mi soberbia, pues tanto os agrada la humildad; quitad de mí el amor del mundo, pues escogisteis para Vos la pobreza; sometedme perfectamente á vuestra obediencia, pues sois tan perfecto cumplidor de las leyes á que no estáis obligado. No fiáis mucho de mi flaqueza y tibieza, por eso

me obligáis á poco; pero á Vos de ninguna cosa os quiere eximir e encendido amor, ni aun de las que parece que desdican de Vos. Enseñadme, Señor, la ley de este amor. El amor no se mueve por miedo de las penas, y si es puro y verdadero os halla, Dios mío, tan grande y tan merecedor de todo, que desea deshacerse todo en vuestro servicio. Parécenle pocas las leyes, y pequeñas las obligaciones; porque á todo obliga el amor, sin excluir nada, y todo le parece poco, ó nada, en comparación de la grandeza divina. ¿Cuándo me hará á mí vuestro amor, humilde, pobre, despreciador de todo, amator de la baja, estimador del propio desprecio, rendido á vuestro servicio, crucificando cuerpo, alma, fuerzas y cuanto soy, á vuestros pies y obediencia? La Virgen, pobre, se halla con Vos rica; el Santo José, sirviéndoos con su pobreza, contento y satisfecho; el viejo Simeón solo por Vos suspira, y creyendo yo que en todo van acertados, no sé por dónde ando, errado y fuera de Vos.

¿Mas cómo me puedo ver, divina luz, si no me alumbráis para que me vea y me aborrezca? ¡Oh Dios de mi alma! Si queréis que los niños, antes de que tengan uso de razón, sean ofrecidos á Vos, á fin de que cuando se conozcan, se hallen ya vuestros, ¿cómo quiero que me sufráis el que, después de conocerme y conoceros, no sea vuestro ni os sirva? Mas si Vos, bondad infinita, no me sufriereis esto, ¿qué será de mí? Truéquese esto, Señor, por vuestra misericordia; amadme Vos, para remediarme; aborrézcame yo para ser remediado. Enseñadme á tener dolor de los años de la niñez, en que ni os conocí ni amé; porque aunque en ellos no os ofendí, todavía, siendo de Vos amado, no os correspondí con otro amor. Enseñadme principalmente, Señor de piedad, á llorar las primicias de mi entendimiento y voluntad que no os di, y lo mucho que de vuestro servicio me aparté; los muchos pecados á que me entregué; mis malas inclinaciones que seguí, al llegar á la edad en que os podía ofender ó servir, hasta ahora que me veo miserable pecador ante vuestros ojos purísimos. ¡Oh buen Jesús! Olvídense toda mi vida pasada; no se cuenten los años de vida que gasté en obras fuera de Vos y sin Vos, vida de mi corazón. Aquí os daré voces hasta que me oigáis; aquí llamaré hasta que me respondáis; aquí lloraré hasta que me perdonéis. En pos de Vos iré, mi buen Jesús; con Vos me ofreceré al Padre Eterno, para que por Vos no me desprecie. Y aunque los corderos se quedaban en el templo para ser sacrificados, los niños se volvían con sus madres, yo no lo haré así: os ofreceré por mí á Vos, divino Cordero, y con Vos quedaré sacrificándome, con Vos volveré acompañándoos y nunca de Vos me apartaré.

¡Oh Padre de misericordias y Dios de todo remedio y consolación! Aquí os ofrezco á vuestro Unigénito Hijo; poned en El los ojos para que por El me perdonéis y recibáis. Vedle aquí hecho Niño por mí; mansísimo y humildísimo Cordero para mi remedio. Aunque calla, su corazón clama á Vos por mí. El viene aquí por todos los pecadores, ¿cómo ha de quedar ninguno fuera? El reconoce vuestra bondad por todos; El se somete á vuestras leyes por todos

y El se ofrece por todos. Su purísima Madre os lo entrega y le vuelve á recibir por mí de vuestra mano. Mirad, Señor, estos dos Corazones santísimos, purísimos, á Vos aceptísimos; el fuego en que ahora arden, Vos lo encendéis; el remedio de los pecadores que desean y procuran, Vos lo sabéis; la riqueza que de aquí nos viene, Vos la dais. Pues, Señor mío, ¿cómo habéis de despreciar las amorosas voces de estos abrasados espíritus, que por nosotros os piden misericordia? Con ellos, Señor, os ofrezco mi pobreza y necesidad, el tiempo, la vida, los sucesos de ella, los trabajos, las consolaciones, el cuerpo con todos sus sentidos, el alma con todas sus potencias, la muerte y cuanto en mí hay bueno y malo; lo bueno, que es vuestro, para que lo acrecentéis; lo malo, que es mío, para que lo remedéis. Así como este Señor no quiso proceder en vuestro servicio sin venir á daros solemne obediencia en el templo, y tomar vuestra paternal bendición, así yo, que nada valgo ni puedo, pido esa bendición, ese paternal favor y esa obediencia á quien para siempre me someto. Dadme, Señor, el espíritu que enseñó á la sacratísima Virgen vuestras voluntades, y que guió al viejo Simeón al templo y le dió á conocer al Salvador. Criad en mi nuevo corazón; renovad cada día en mis entrañas un espíritu que á Vos me lleve: y lo que por mí no merezco, este Cordero os lo merece; por El dadme vuestra gracia, y confirmadme en ella con perseverancia.

¿Qué disimulo y sencillez es esta, con que entráis, Señor, en Jerusalén y en el templo? ¿Cómo no os reconocen las criaturas, y no saltan todas de placer con esta vuestra entrada? Imaginaba David que el Jordán y el mar huían de vuestro pueblo, cuando le sacasteis de Egipto, y que los montes y collados saltaban de placer, y las piedras se deshacían en raudales; porque conocían que Vos pasábais en su compañía, y to la cristura os festejaba, no yendo allí más que la vara con que Moisés por vuestro mandado hacia mavarillas, y el Arca del Testamento con que pasó el Jordán; todo figuras de estas verdades, que en Vos se encierran; y pasáis Vos en persona por medio del mismo pueblo, y no os conoce ninguno sino el justo Simeón, y la santa anciana Ana, profetisa. Infinitas gracias os doy, Señor mío, por este privilegio, que dais á los amantes y limpios de corazón. Entre doctores, sabios y soberbios, hablando en el templo, y haciendo las maravillas divinas que hicisteis públicamente por toda Judea, no sois conocido; aquí encubierto, Niño, callado, pobre y necesitado del abrigo de madre, no queréis ser desconocido de los que os aman. Por veros, sufren el destierro; hasta veros les parece tolerable la vida; llegado lo que deseaban, mucho más desean que se acabe. ¡Oh salud mía, oh mi riqueza soberana, oh vida que se acaba. ¡Oh salud mío! ¿por qué no os ven mis ojos? ¿Dónde estáis todo, mi bien escondido? Si aún dura la sentencia de que no os pueda ver el hombre y vivir, dadme licencia para hacer concierto con la muerte, que me mate para veros; ó apareceos á este miserable corazón, para que os vea cuanto en esta vida podéis ser visto interiormente. Siéntaos mi alma, y alborócense con vues-

tra presencia todos mis sentidos interiores, para que presos de Vos, todo lo que no sois Vos les fastidie. Mi alma suspira por Vos, Dios mío, ¡Oh, cuán bien estoy, cuando os deseo; cuán á vuestro contento, cuando os amo; cuánto os agrado, cuando todo me fastidia suspirando por solo Vos! Si así estoy, de cualquiera manera en que me aparezcáis, os conozco; niño, os hallo grande; pobre, os veo rico; hasta crucificado, os hallo suave. Mas cuando anda el corazón apartado de vuestro amor, ni os conozco en las obras divinas, ni en la grandeza de vuestra Majestad. Unidme á Vos, Dios mío; apartad mis ojos de las vanidades, para que conozca vuestra pura verdad. Apareced á este desterrado corazón, pues sois mi salud y todo mi bien; concededme que solo de Vos me satisfaga, pues sois el verdadero amigo y gloria de mi alma. Quitad de mí el sabor de la tierra, ó haced que no me sepa sino á lo que es, y no me engañe con bienes falsos y llenos de miserias, sino que á Vos, sumo soberano y perpetuo bien, suspiren y deseen mis entrañas. Llegad ya, Señor mío, no dilatéis más vuestra venida, porque con Vos traeréis todos los bienes; Venid, buen Jesús, á esta alma pecadora, libradla de sus cadenas, poneda en libertad de espíritu, para que libremente lo renuncie todo por Vos, y á solo Vos abraza, á Vos posea, á Vos cante con el Santo viejo Simeón, los deseos y suspiros de descansar en Vos para siempre. Amén.

Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum Verbum tuum in pace.

Desterrado vivo de Vos, mi buen Jesús; y si os amo, siempre ando alligido porque no os veo. Mientras esto se me dilata, todas las cosas terrenas me ocasionan dolor, pues aunque engañosas, suelen tener sus horas; pero á mí se me retarda la mía verdadera. Contentase el cuerpo con sus gustos; logran los sentidos sus pasatiempos; gloriase el mundo en sus vanidades; y cada uno gustoso dice, que ahora sí, pues tiene lo que desea: mas mi alma, que sólo con Vos se satisface, y á quien Vos mostráis que todo es engaño fuera de Vos, por Vos suspira; y si lo dilatáis, vive sin su hora; siempre pena, hasta que lleguéis Vos, su único contento. Soltadme, Señor, de estas cadenas, no me tengáis preso y suspirando en ansias. Entrad, Señor. Mas aquí estáis: esta es mi hora: siempre vuestros plazos llegan. Adóroos, mi Salvador: adóroos, mi bienaventuranza: adóroos, mi verdadera vida: cumplisteis la palabra de acudir á quien os llama. Pues llegó la paz, ¿para qué vivo más en riesgo de perderla? No quiero más vida; ya no quiero más mundo; ahora que tengo aquí la prenda del cielo, es tiempo de que desatéis mis cadenas, y que en paz, y abrazado con Vos me libréis de la cárcel de este cuerpo...

Quia viderunt oculi mei salutare tuum.

Porque los ojos de mi espíritu, alumbrados con la salud divina y con vuestra suave presencia; inflamada aquí el alma en vuestro

amor, no tiene que desear más que irse á ver claramente y amarnos con seguridad, fuera de la cárcel del cuerpo. Porque si aquí, salud mía, desterrado y cautivo de esta corporal tierra y miseria, sin veros claramente, ve mi espíritu á su modo que solo Vos sois mi salud sobresubstancial, y presa mi alma de Vos, todo lo demás la fastidia, ¿qué más puede desear que ver á quien la sana, á quien la abraza, quien la prende y quien la inflama? No vinisteis Vos á la tierra á buscar otra cosa, sino á prender las almas de vuestro amor.

Quod parastí ante faciem omnium populorum.

Para esto os dió vuestro Padre Eterno á los hombres; para que delante de sus ojos tuviesen en Vos los justos y pecadores, los judíos, los gentiles y todos los pueblos sin diferencia, su Maestro, su salud, su gloria, su tesoro y todo cuanto pudiesen desear. Y porque los ojos humanos no os podían ver, os hizo humano, para que á nuestro modouviésemos delante de nuestra vista y en nuestra conversación, al mismo que nuestro amor desea, y por quien el alma inflamada suspira.

Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuae Israel.

Con Vos se deshacen nuestras tinieblas y se manifiestan nuestros yerros. Con vuestro mismo resplandor os reveláis á nuestros espíritus, y con vuestra hermosura nos cautiváis. En Vos recibe el pueblo de Israel sus gloriosas promesas, y con Vos tiene la corona de sus honras. Mas todas las almas que teniéndose presente los resplandece vuestra divina luz, están enseñadas, ricas y llenas de Vos y de vuestros bienes. Alumbradme, luz mía; sanadme, salud mía; levantadme, gloria mía; satisfacedme, bienaventuranza mía: véac siempre mi fe, abráceos mi amor, deséecis mi esperanza, poseáos como puede mi alma, hasta que vaya á veros claramente en aquella vida sin muerte, unión sin desprendimiento y descanso perpetuo celestial.

¡Oh Madre de la salud y de la luz divina; por aquel amor con que ofrecisteis á este Señor al Eterno Padre por todo el mundo, y á Vos con El á su perpetuo servicio; ofrecedme á mí con Vos á El, para que siempre sea de su casa, y siempre me ocupe en su servicio, y arda en mí siempre su amor, mientras vivo desterrado! Oh corte soberana, admitida ya y segura en esas eternas moradas; que veis ya claro y poseéis seguro lo que antes de ser glorificados deseasteis; ya que no sois propietarios de vuestros bienes, prended allá este corazón, hasta que llegue la hora en que se deshagan las nieblas de esta miserable tierra, y desprendido de ella os acompañe, y con Vos alabe á ese Señor y goce su vista para siempre. Amén.

EJERCICIO DE LA HUIDA DEL SEÑOR Á EGIPTO POR PERSECUCIÓN DE HERODES

¿De qué huís, Señor, del mundo? ¿De quién huís, Hijo de Dios vivo? ¿Adónde huís, asilo verdadero, y acogida segura de todos los

culpados, que á Vos huyen? Huya de Vos la muerte, pues sois eterna vida en que ella ha de acabar: huya de Vos el tirano, pues sois el Soberano Juez que le habéis de juzgar y condenar: huyan de Vos los pecados y maldicias, pues las habéis de confundir: huya de Vos la ceguedad de vuestros enemigos, pues sois la divina luz que os habéis de manifestar: huya de Vos toda aflicción y trabajo, pues sois el verdadero consolador de los atribulados y alivio de todos los afligidos: y huya de Vos la misma huida, pues sois Dios de eterna Majestad, que en todas partes estáis, y no podéis tener miedo de ninguno. Y si por ahora, Dios mío, es conveniente huir, veníos á mí, esconded en este corazón: porque cuando os busquen niño para mataros, me verán tan envejecido en pecados, que no imaginarán que podéis estar en este miserable corazón: y aquí, mi buen Jesús, me perdonaréis, me renovaréis con vuestra presencia, y me llenaréis de bienes espirituales, y de vuestro amor. ¡Oh miserable de mí que tal soy delante de vuestros ojos, y cuántos pecados veis en mí, que antes queréis huir á Egipto que esconderos en mí: primero queréis merecerme la divina misericordia con vuestros trabajos; primero queréis andar como peregrino y desterrado, para adquirirme remedio de todas mis necesidades. Llevadme, Señor, en pos de Vos: ande yo pensando con Vos, y aprendiendo las verdades que me enseñáis, con que me disponéis suavemente para tener en mí vuestros placeres. Sois Señor de todo el mundo, y no queréis vivir en él sino como peregrino: no queréis tener patria cierta en lo que es vuestro, ni mostrar gusto de propio asiento en la tierra, que es obra de vuestras manos. ¿Por ventura, Dios mío, sois como yo, desterrado de la bienaventuranza? ¿Si vuestra alma es bienaventurada, y siempre ve vuestra Divinidad, qué mal puede hacer la tierra á vuestro cuerpo y humanidad, para que os tratéis en ella como peregrino? En mí está bien vivir como tal, pues ando desterrado del cielo: á mí me corresponde no tener asiento en ninguna parte, pues en ninguna os veo, y necesito vivir sin aflicción de cosas de la tierra, para no perder en ella lo que me prometéis en el cielo. Mas Vos, Dios mío, con Vos lo santificáis todo; ninguna cosa os puede dañar, ni podéis andar peregrino de Vos, ni fuera de Vos: y con todo eso, en la primera edad peregrináis, y en ninguna queréis cosa del mundo, sino como muy de paso y de camino. Sólo lo que os da trabajo, eso queréis por vida.

Abrid, Dios mío, las entrañas de vuestra misericordia; derramad los tesoros de vuestra piedad, para sufrirme y perdonarme los yerros de mi vida pecadora: porque desengañándome todo de las muchas mudanzas de ella, con todo eso hago en ella asiento, como si fuera inmutable. En mí mismo experimento, que en ninguna cosa hallo perfecto descanso fuera de Vos: porque como me quisiste y me criaste para Vos, no es posible hallarle en otra cosa. Traigo delante de los ojos las vueltas y mudanzas del mundo, en el cual desde lo más alto á lo más bajo, anda en una viva rueda de vueltas y revueltas, de mudanzas y desasosiegos; ni vi, desde que nací, otra

verdad más clara ni más cierta. En Vos, Dios de mi alma, veo que ningún descanso ni asiento queréis en el mundo. De vuestra doctrina y ejemplo aprendo, que ni de las cosas divinas que en esta vida me comunicáis (ques on las verdaderas, ciertas y seguras) queréis que use, sino como instrumento y medio para otras mejores, ó para ellas mismas mudadas, glorificadas y perpetuadas con Vos en el cielo, donde todas, ó mudarán el modo, ó se trocarán por otras de substancia más perfecta é inmutable. Y con tantas lecciones que me dáis, tantas experiencias y desengaños que yo veo, vive en este ciego y miserable corazón un tan gran descuido de las cosas eternas, y un tan esparramado, distraído y arraigado cuidado de las terrenas, como si el cielo y la tierra hubieran trocado la suerte. ¿Qué ceguedad es esta, Dios mío, tan sin razón ni fundamento, que viendo hasta con los ojos corporales estas verdades, me gobierno en ellas como ciego? ¿Quién me ciega en lo que veo, ó cómo estoy ciego, si veo? ¡Oh desventurada afición, tan embebida en lo que huye de ella, tan arraigada en lo que la falta, tan sentada y perpetuada en lo que ve claro, que á toda prisa se consume y gasta! Veis aquí, bondad infinita, los males de este corazón, que por todas partes descubre tan contrarios yerros; cuántos y cuán sin fundamento son los amores que tiene de las cosas que de Vos le apartan.

Puesta mi alma entre promesas que le hacéis de bienes eternos, que cree y espera, es el fastidio de ellas tal, que ni las mira; y medida entre bienes terrenos, bajos y mudables, es el hambre tal que con nada se harta. Para merecer vida para siempre y bienes eternos, le parece todo tiempo mucho, cualquier trabajo grande, y muy frías obras y deseos suficientes; mas para gustar de las cosas mundanas y corruptibles, la vida, el cuidado y toda ocupación le parece poca; y acaso la misma eternidad le pareciera corta, si la tuviese para vivir en sus vicios. ¡Oh, cuántos pecados nacen de aquí en esta alma, cuántas pérdidas de bienes verdaderos, cuántas aficiones desordenadas, cuántas raíces malas se arraigan profundamente que brotan de sí frutos ponzoñosos! ¿Cómo concuerda mi fe y mi esperanza cristiana con estas erradas aficiones y desórdenes? Señor mío, piadoso y Redentor misericordioso, que me veis, y me conocéis, y pesáis en justa balanza mis engaños y yerros: Vos veis cuán justamente puedo dudar de la calidad de mi fe y cristiandad, pues las obras y el amor se oponen tanto á lo que creo y experimento. Y pues veis este miserable corazón, poned los ojos en el vuestro y remediad el mío. Mirad, Señor, por quién peregrináis; acordaos para quién trabajáis, y pues no podéis padecer engaño en lo que tan claro veis en mí, remediad con vuestra virtud mi miseria. Si mis culpas claman á vuestra justicia, también y mucho más dan voces á vuestra misericordia las llagas que hacen en esta alma redimida por Vos. ¿A qué fin vinisteis á ser peregrino conmigo, si yo no he de hallar en esas paternales entrañas remedio para no perder la patria del cielo? No puedo yo ser pecador tan grande, como Vos sois mi-

sercicioso y Redentor; ni puedo, ni sé desear mi remedio, tanto cuanto Vos hacéis por remediarle. Abrid, pues, esas paternales entrañas á esta vuestra miserable criatura. Imprimid en este vuestro desterrado un vivo deseo y amoroso suspirar de veros, donde os mostráis claramente á vuestros amigos. Y pues sois poderoso para todo, entrad en este corazón, echad fuera vuestros enemigos, plantad en él los frutos de vuestro espíritu y desarraigad de mí toda afición terrene. A Vos suspiren, divina misericordia, mis miserias; á Vos, perpetua eternidad de bienes, deseen mis mudanzas; á Vos se descubra todo lo imperfecto que hay en mí y grite para que me perfeccionéis; y pues me traéis desterrado por estos maldades de la tierra, haced, Señor, que me parezcan tales, para que el amor y deseo de esta alma camine siempre á Vos, y por Vos solamente suspire.

¿Cómo no lo esperaré todo de Vos, buen Jesús, pues os veo tan amigo de los pecadores, tan contento de estar con ellos y tan deseoso de hacerles mercedes en todas partes, que ni perseguís de ellos y huyendo os podéis desprender de la tierra, ni huís para el cielo, que es vuestra casa pacífica, donde sois adorado, conocido y amado como quien sois? Vais á Egipto á abrazar con vuestro espíritu aquella idólatra tierra, para que los grandes rebaños de vuestros siervos y ovejas, que con puro amor os han de buscar é imitar, hallen en ella los aires suaves y puros, y seáis allí conocido, amado y servido donde vuestro nombre es más blasfemado, el demonio servido y los errores se hallan más arraigados. Parece, Dios mío, que huís para salvar la vida, y vais á santificar el lugar en que vivan vuestros escogidos, llenos de bienes espirituales é influencias divinas, en cuyos corazones reinéis á vuestra voluntad. ¿Quién duda, mi Dios y Señor, que en el tiempo que estuvisteis en Egipto granjeasteis con vuestro Eterno Padre espíritu, gracia, amor y fuerzas para los millares de purísimos siervos que en aquella tierra habíais de tener? ¿Quién dudará que teníais á cada uno tan presente como si ya hubiera nacido? Allí hallaron después vuestra virtud y espíritu, donde Vos con oración y ferventísimo amor lo habíais merecido.

¡Oh mi Dios, que cuando parecéis más ocioso y desocupado, entonces estáis más metido en granjear nuestro remedio! Niño entrasteis en Egipto, huyendo con mucho trabajo por todo aquel camino, y pareciendo como un gusanillo de la tierra, que busca donde meterse para que no le pisen: y Vos, bien infinito, Hijo de Dios vivo, encubierto y desconocido santificáis en esa tierra la pobreza de espíritu, el desprendimiento de las cosas de la tierra, el ser desconocido y despreciado del mundo; el perpetuo silencio, la continua oración, la muda é incansable obediencia, la pureza del alma, los deseos fervorosos del cielo, el amor de las faltas y necesidades corporales, la santa sencillez, la batalla y victoria de las tentaciones, la vida de puro amor y angélica castidad en cuerpos mortales y terrenos, y lo que en esa tierra consagrasteis, hicisteis después imitar á tanto número de siervos vuestros cuantos tenía escogido vuestra

sabiduría. Hecha la obra en esa tierra perdida, volvisteis á Judea á perfeccionar los misterios de nuestra redención, y, consumados, mandáis al irós al cielo esparcir esos bienes por el mundo. ¡Oh riqueza de mi alma! ¿Dónde quedo yo entre tantas memorias de santificar y abrazarlo todo con vuestro amor? ¿No comparasteis Vos, Señor, vuestra doctrina y espíritu á la red barredera que recoge todo género de pesca? ¿Pues cómo, Dios mío, ando yo fuera de ella? ¿Qué esperáis de mí, Señor? ¿No ven vuestros purísimos ojos que todo es perdición en mí si me quedo solo? ¿No veis que no puede manar agua sino de la propia fuente de donde nace? ¡Oh fuente de toda santidad, santificadme; oh fuente de toda luz, alumbradme; oh fuente de toda bondad y perfección, mudad mis maldades; oh fuente de todo ser y vida, dad vida y ser á mí nada; oh fuente de fuego, de amor, abrasad y consumid en mí cuanto os desagrada! ¡Oh mi Jesús, que no puedo conmigo! Deseo lo que no tengo, y tengo lo que aborrezco; mas todo en mí está tal, que ni el deseo del bien hace pérfido aborrecimiento del mal, ni el aborrecimiento causa vivo deseo. Todo en mí está pobre; nada es lo que parece. Mas lo que es, cuanto es y el valor que tiene, Vos lo veis y pesáis. Curadme, Médico divino, como me conocéis, y hacedme desear la cura como Vos queréis.

Enseñadme, Maestro Divino; enseñadme, luz divina, esas verdades y consejos eternos. Huís de un enemigo para volver á entregaros á muchos que os han de matar, y á mí me mandáis huir de donde me persiguen; y si me queréis hacer merced, ordenáis que no pueda huir donde deje de hallar otros trabajos superiores á los que procuro evitar. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿No es mejor sufrir los males presentes que huir para donde habéis de hallar otros, sin libraros de los incomparables y crueles que os están prevenidos? ¡Oh, cómo me engaño, Dios mío, con vuestros consejos, cuando huyo de cruces para el descanso! ¿Dónde he de hallarle, Dios mío, en esta vida? ¿Pues para qué queréis que huya, si no he de descansar huyendo? ¡Oh mi Dios, que si os supiese conocer y amar, os podría entender! Queréis que huya el peregrino, para que en todo hallé peregrinación, y en toda parte consagre con la paciencia su destierro, y todo lo llene de servicio y amor vuestro; ó acaso queréis que me descuide aun de los trabajos y de lo que de mí queréis hacer, y no trate de otra cosa que de no hacer ningún asiento en la tierra; sino que en todo trate de contentaros, serviros y dejaros hacer en mí toda vuestra voluntad. Oh luz divina, que tan señora quierdes ser de todo este corazón; ¿por qué él mismo no concuerda contigo? ¿Cómo no veo que por esta secreta providencia me queréis librar de los tristes cautiverios que me tienen preso y apartado de Vos, vida verdadera de mi alma! ¡Oh riqueza mía soberana! Si Vos fuérais sólo mi tesoro, viviré en este destierro con los deseos de la patria; si me viere entre amigos, sólo por vuestra amistad suspiraré; si me viere en tierra de enenigos, en mí os hallaré; encarcelado, estaré libre

con vuestra compañía, y en libertad, estaré preso de Vos; en toda parte, en todo lugar, me será amiga la cruz, me seréis compañero; y cuando menos tenga en la tierra donde descance el pie, hallaré en Vos más descanso. ¿Para qué quiero patria, Dios mío? ¿Para qué regalos de esta vida? ¿Para qué deseo ver mundo, sino para que todas las partes del mundo me crucifiquen, y en todas os alabe mi corazón, os adoren mis entrañas, os desee mi espíritu y os abraze mi amor? ¡Ah Señor, que no sé hablar! Venid á mí, peregrinad en mí, andad y corred en cuanto soy, para que cuanto hay en mí lo santifiquéis, y dadme asiento en solo Vos, para que á solo Vos ame mi corazón.

¡Oh Reina de los ángeles sacratísima, á quien ningún trabajo era pesado, ni la peregrinación cansada, ni la tierra ajena con la compañía de Jesús! Con este tesoro toda la tierra os será patria, todo servicio suyo suave y toda obediencia leve. ¿Qué bien puedo tener sin la compañía de este Señor? Acordaos, abogada de los pecadores, que el fruto de estos vuestros trabajos y de los suyos es adquirir muchos hijos, llamar á sí muchos errados y juntar á sí muchas ovejas perdidas. Valed, Señora, á ésta acosada de los enemigos, y errante por los desiertos de este valle de lágrimas. Juntadme á su manada, para que siempre oiga y siga la voz de este Divino Pastor. ¡Oh celestiales ciudadanos!, ayudad al desterrado peregrino que anda en peligros, para que, perdido el amor de la tierra, merezca para siempre vuestra compañía. Amén.

TRABAJO IX

Sentimiento de la muerte de los inocentes.

Hubo Cristo nuestro Señor para Egipto, y pasados casi dos años después de su nacimiento, no le dejaban descansar al tirano Herodes los recelos de haber nacido en su tierra un pretendiente y natural sucesor del Reino; y como quedó determinado de quitar la vida al Señor, luego que fuese descubierto por los Magos, tuvo por entendida su malicia al ver que no volvieron por allí, como habían tratado; por lo que dándose por burlado, quedó más asegurado en sus recelos; y mudando el disimulo en dañada pasión, ira y cólera, imaginó la inhumanísima crueldad de mater tantos niños, que no pudiese dejar de morir entre ellos el Señor; porque no fiándose de los judíos, no se atrevió á hacer pesquisas para descubrir solamente al Niño Jesús, á quien deseaba matar; porque recelaba que trocándole uno por otro, y quitando la vida á solo uno, quedase vivo el competidor. Desocupado, pues, de negocios que hasta allí le habían distraído, de poner por obra su cruel determinación, y pareciéndole que ya se había olvidado el rumor que los Magos dejaron en Jerusalén de haber nacido el Mesías, y que ya nadie se recelaría de su crueldad; haciendo cuenta del tiempo en que á los Magos les apareció la estrella (por el informe que tomó de ellos se-

cretamente), y hallando que podían ser dos años, para más asegurarse, fingió negocio y ocasión de mandar juntar todos los niños de pecho que de dos años para abajo se hallasen nacidos en Belén y en todo su partido; y teniendo prevenida tropa, mandó degollarlos á todos, juzgando que entre tantos no se escaparía el Redentor.

Así llenó la tierra de sangre inocente, y casi todas las casas de lágrimas, y lastimosas aflicciones, y dolores de las madres, privadas tan cruel é inhumanamente de sus hijos, cuya edad, inocencia y multitud de muertos, hacía el caso más cruel, más sensible y de mayor horror. No servía de consuelo el ser muchas las madres tan cruelmente privadas de sus hijos; antes bien, cuantas más eran las últimas, mayores se hacían los sentimientos. Espantó esta crueldad, con mucha razón, á toda la tierra; y cuanto menos podía resistir á tan cruel tiranía, más desventurada la hacía la desgracia á que había llegado en cautiverio de tan perverso tirano. El alboroto, perturbación y sentimiento que semejantes fracasos ocasionan en el pueblo, la experiencia lo enseña, y el Santo Jeremías profetizó que serían lágrimas sin consuelo. Nuestro P. San Agustín y otros doctores, ponen aquí por delante muchas últimas de las afligidas madres, y lo mucho que trabajarían por esconder los hijos ó morir con ellos, sin que les valiese ninguna de sus invenciones; y todo se puede pensar de tan lamentable caso, porque la razón muestra que niños de tan pequeña edad y de pecho no podrían juntarse sin sus madres, y que delante de sus ojos se haría la cruel carnicería; el amor natural las haría lamentar y tirarse de los cabellos, con palabras mucho más lastimosas que lo que la pluma puede declarar. De los niños también juzgan algunos (y no sin piadosa consideración) que recibirían de Dios en aquella hora algún placer espiritual de verse tan dichosos en tan tierna edad, que con sus muertes quebrantaban la furia del tirano, librando al Niño Jesús de ser buscado y perseguido; por lo que cuanto las madres trabajaban por descubrirlos, tanto más se descubrían ellos llorando, por no perder la feliz suerte de librar con su inocente sangre y glorioso martirio, la vida del inexcusable Cordero.

Esto que en Judea pasaba, no estaba menos presente al divino Niño en Egipto (viéndolo todo con su divina sabiduría) que en Belén, donde la crueldad se ejecutaba. A sus divinos oídos llegaban los clamores y penas de las afligidas madres, y ante sus divinos ojos estaba la sangre que por su causa salía de los inocentes; y su sacratísima humanidad, que todo esto lo veía en Dios, tenía tantos sentimientos y trabajos, cuantos eran los niños muertos por su motivo, y cuantas eran las madres desconsoladas. Era Cristo nuestro Señor de una naturaleza muy blanda y compasiva, y cualquiera trabajo que veía en otros le daba mucha pena. Así lo mostró muchos veces en su vida. Cuando le seguía mucha gente en el desierto fuera de sus casas, dijo á los Apóstoles: *Compadéceme de esta gente, que ha tres días que me sigue y no tiene que comer.* Encontrando

un día junto á la ciudad de Naín á una viuda, que se iba lamentando de un hijo único que llevaban á enterrar, tuvo compasión de aquellas lágrimas y se lo resucitó. Viendo llorar á Marta y á María Magdalena la muerte de su hermano Lázaro, difunto cuatro días antes, se conmovió todo, lloró de compasión y le resucitó. Cuando entró en Jerusalén festejado en el día de Ramos, acordándose que había de ser aquella ciudad destruída por sus pecados, empezó á llorar y decir palabras de sentimiento de los males que sobre ella habían de venir, de que El ya se compadecía.

Otros varios ejemplos podrán mostrar la natural compasión del Señor en los trabajos que en otros veía, y cuánto le dolían. Por tanto, había de sentir mucho más el trabajo presente, por no morir El con tantos como morían por su amor. Por todos deseaba El morir, y si fuera conveniente, de mejor gana se dejara matar, y resucitara tantas veces cuantas correspondiesen al número de los degollados por Herodes, para que no muriera ninguno de ellos. Mas como por entonces convenía que viviese y se guardase para otra mucho más cruel muerte por bien del género humano; y como la rabia del tirano se vengaba de la ira que contra El tenía en la sangre de tantos inocentes, pasaba el Corazón del Señor un gran sentimiento y trabajo; así porque no era tiempo de librarlos con su muerte, como por el tormento que los inocentes y sus madres padecían. Verdad es que les había de remunerar bien, así con las gloriosas coronas del martirio, que consigo les había de dar en el paraíso, como con merecérselas poco después, dando por ellos su vida. Mas lo que había de hacer como Redentor y remunerador, no disminuía el sentimiento y dolor que como humano padecía por su compasiva condición.

Alargando más la materia de este trabajo del Señor, tengo por cierto que uno de los grandes tormentos del Hombre-Dios en esta peregrinación fué el sentimiento de los trabajos que los hijos de Adán, desterrados del cielo, habían de padecer justa y forzosamente, teniéndolos ya presentes muy por menor en su eterna sabiduría. Esto se entenderá mejor considerando la intención que Dios claramente mostró haber tenido en hacer entre sus criaturas á la humana tan perfecta como la hizo: pues aquella intención no fué hacer á la criatura sujeta á trabajos, sino libre de ellos aun el tiempo en que anduviese desterrada del cielo. Toda otra criatura terrena estaba sujeta á la muerte y corrupción natural; sólo á la humana naturaleza (que naturalmente había de ser en cuanto al cuerpo de la misma calidad de las otras en la corrupción y miserias) preservó en lugar de placeres y paraíso terrenal, de todo dolor, hambre, frío, calor, trabajos, muerte, y todo lo que le pudiese dar pena; porque su intención era hacer un medio entre las dos naturalezas espirituales é incorruptibles angélicas, y entre las puramente corporales, el cual medio fuese espiritual como el ángel, y corporal como terreno; libre de los males de las corporales, participante de los bienes de las espirituales y capaz de sus glorias; en la cual criatura, como en un mundo abreviado, celestial y terreno, hiciese Dios sus

obras soberanas, comunicase sus divinas perfecciones y tuviese su paraíso espiritual de placeres.

Perdido este dichoso estado por la culpa, fué necesario mudar aquella intención para que no se perdiese criatura que había hecho tan para su gusto, y remediarla con trabajos, ya que no supo conservarse en placeres. De este desvío que los pecados dieron á la intención y designios del gusto que con nuestra naturaleza tenía el Señor, pudiera con razón tener dolor, si la divina naturaleza pudiera padecer pena. Así, cuando Dios quiso castigar al género humano con diluvio y muerte general, dice la divina Escritura, que tocado Dios de interior sentimiento de su corazón, dió sentencia de muerte contra todos, y que le pesaba de haber hecho al hombre. Esto no es padecer Dios pena, ni tener arrepentimiento de lo que con su eterno consejo había hecho; sino mostrar la mucha razón con que podía sentir dar tanto trabajo á la criatura que formó para tanto descanso, y dolerle de no llevar adelante, por culpa de la misma criatura, lo que había empezado. Mas esto que su divina naturaleza no podía sentir en sí, quedó reservado para que lo padeciese en la humanidad que había de tomar; en la cual, de tal suerte lloraba nuestros trabajos como si fueran propios; y así sentía la justa razón con que nos los daba, como si él mismo por justicia los pasara; de suerte que el Hombre-Dios hacía perfectamente todos sus oficios con los hombres: como Dios, ordenaba los trabajos humanos para fin de su honra y gloria, y provechos espirituales que con su eterno consejo tenía determinado; como hombre, compañero y amigo fidelísimo, sentía y le dolían las penas que los hombres en sus trabajos padecían, como quien tuviera mucho más gusto en no darlas, y que, precisado de la justicia y necesidad de la cura de nuestras llagas, las permitía y ordenaba. Mas ya que con tanta pena suya nos cargaba de trabajos, dió á nuestras cosas tal orden, que nos pudiesen aprovechar más los trabajos que los placeres del paraíso, perdidos por culpa de nuestro primer padre. Para esto nos los ayudó á sentir mucho y tomó sobre sí gran parte de ellos; para que, santificados por El, sirviesen de sementera de gloria, donde volvía á su primer designio de vivir eternamente con sus escogidos en perpetuo descanso sin trabajo.

Dos consideraciones ofrece esta materia (fuera de otras muchas), importantísimas para el consuelo de los trabajos de esta vida, si fuéramos siervos de Dios y sus leales amigos. Una es de nuestro Padre San Agustín: que la Iglesia católica, cuyos hijos empezaron en Adán, siempre se bañó en sangre por su divino y celestial Esposo. El primer justo, Abel, murió á manos del envidioso Caín, bañado en su inocente sangre. Luego que el Señor vino á la tierra, los primeros escogidos llenaron á Belén de su sangre inocente. El mismo Señor consagró su Iglesia con sangre: así con la suya propia, muriendo en la cruz, como con la de muchos mártires que por El dieron la vida; y los que acabaron sin sangre, no vivieron sin cruces y trabajos. Por lo cual, bajo la bandera del Crucificado, no se puede

tener por digno discípulo, ni será honrado en su corte, sino quien se preciare de ser con El atribulado. Mirado esto con ojos limpios y cristiano juicio, resulta tener los hombres dos cosas indignas de ser empleadas fuera de Dios, que son los trabajos y el amor; porque trabajos á que nuestro Señor dió tanto valor con su sangre y la de sus escogidos, que puestos en balanza igualan á cuanto de la otra parte se pusiere, aunque sean todos los bienes del cielo, mal empleados son en cosas que les quitan el valor y ayudan á perder el alma. Deseando David un día (cercado de sus enemigos y fatigado de sed) un vaso de agua fría de la cisterna de Belén, tres valerosos caballeros arriesgaron sus vidas, atravesando por medio de los enemigos por complacer á su rey, y le trajeron el agua deseada. Esto parece á los ojos y juicio humano un servicio de leales vasallos, y es obligación de valerosos soldados; porque ninguna cosa es mejor recibida en la tierra, que el dar gusto á los príncipes á costa de mayores peligros. Con todo eso, el santo rey David que tenía más altas y divinas consideraciones de las cosas, sin desagradecer el servicio que se le hizo, tuvo por mal empleado el trabajo y peligro á que se expusieron, aunque era rey, y mandó ofrecer á Dios aquella agua, á quien todo cuidado y trabajo humano es más propiamente debido. Ejemplo ciertamente digno de tal santidad: porque si los hombres empleasen los cuidados y trabajos con que granjean los gustos de la vida, en sólo aquel que de la vida y trabajos empleados en su servicio tomó ocasiones para dar eterna remuneración, serían los trabajos más suaves y no perderían los hombres tanta parte de la vida, y tan buena mercadería cristiana. Mas la causa de estas pérdidas es que emplean el amor en cosas que no le merecen; porque éste á solo Dios se debe, y El se halla tan avarente de todo nuestro amor, que no sufre ir á medias en él, y con razón: porque donde el amor se endereza, allí va lo demás, el gusto, la solicitud, la ocupación, el trabajo, y cuanto el hombre tiene: por lo que si el trabajo y el amor se dieren á quien se deben, que es Dios, y se emplearen en el que sólo los merece, y se ofrecieren á El como hacienda muy acepta, no sólo aseguramos ser de los leales de su Iglesia, y escogidos de la gloria, sino que granjeamos ser de los más estimados y ricos de su casa.

La otra consideración es, que lleva Dios tan mal dejar la primera intención de tener con nosotros sus placeres, y querer más nuestro descanso, que vernos en trabajos, que no se contentó de perpetuar este su gusto en la gloria; sino que aun en este valle de lágrimas busca y halla invenciones, para tener sus delicias con los atribulados. Así, desmerecido el lugar de descanso, que era el paraíso terrenal, hizo tantas y tanto mayores mercedes á los atribulados hijos de Adán, que á fuerza de obras divinas del eterno amor, inflama y enciende sus corazones con deseo de contentarle, servirle, y amar á solo El. En esta comunicación les franquea tanto de sí, y tanto los embriega en su amor, que les hace suave todo trabajo de la tierra, y tan penoso cuanto parece gusto en ella, que

no viven menos contentos en medio de todos los trabajos, que si fuesen gustos. Justino Mártir, en una Oración que hizo á los romanos sobre la fe de los mártires, dice que la principal causa que le movió á dejar la vida filosófica y gentil, era ver el contento de los mártires entre los crueles tormentos que padecían; no pudiéndose persuadir á que era posible al cuerpo humano (que con la cristiandad no perdía la flaqueza de carne mortal) mostrar tanto contento en las penas, que la carne tanto aborrece, si no tuviese por dentro otros gustos secretos y verdaderos que les mudasen el dolor de los tormentos en placeres; y que cuando se vió cristiano y experimentó las verdades que Dios comunica á sus leales y verdaderos amadores, vió claramente que ninguna pena corporal es bastante para quitar á los atribulados por Cristo y con Cristo el gusto interior del espíritu. San Pablo contaba sus azotes y trabajos como suaves gustos. Esto mismo denota el encarecimiento y espanto de David al decir: *¡Cuán grande es, Señor, la multitud de vuestra dulzura, que escondisteis para los que os temen! Escondérislos en el secreto de vuestro rostro* (que es vuestro conocimiento y abundancia de vuestros bienes) *de las perturbaciones de los hombres*. No los esconde Dios de modo que los trabajos no los hallen y no los alcancen; antes bien, alcanzándoles mayor parte que á otros, se sume lo penoso de ellos en la suavidad y pléago de dulzura de la conversación, amor y comunicación de Dios; de suerte que no tiene sal lo salobre, ni amargura la hiel, ni aspereza el trabajo, porque todo se muda con Dios en unos gozos que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, y sólo el amor los experimenta. Queda Dios con estas invenciones de su amor mucho más glorificado en tener con los suyos el paraíso de placeres en la tierra del trabajo (dónde menos se esperaba, y dónde parece más impropio), que si los tuviera en lugar propio de los gustos. Mas todo lo hay, donde hay un amor puro. No llegan aquí todos: mas esta consolación tienen todos los atribulados, pues todos sus trabajos, pasados por Dios, son provechosos; sufridos con paciencia, son meritorios, y llevados con perseverancia, si no fueren aquí mudados en espirituales contentos, serán para siempre coronados con eternas y soberanas bienaventuranzas.

EJERCICIO DEL TRABAJO Y DOLOR QUE EL NIÑO JESÚS TUVO
DE LA MUERTE DE LOS INOCENTES

Señor mío Jesucristo, salud y Redentor mío; ante vuestros ojos presento las gracias que os debo por las mercedes que me hicisteis, no tales cuales merecís, sino cuales puede mi tibieza. Suplid Vos, esperanza mía, con vuestra clemencia lo que á mi flaqueza falta. Vos sois mi bienaventuranza y el fin de mi intención y de mis deseos, y ya que no merezco amaros cuanto merecís, deseo amaros cuanto estoy obligado. Oh luz mía, Vos veis mi conciencia, y delante de vuestra Majestad está el deseo de mi corazón que me dais; y pues lo que me inspiráis que os ame es lo que me tiene cuen-

ta, dadme que os ame cuanto Vos queréis ser amado de mí. Enseñadme á agradecer las mercedes que voluntariamente, sólo porque me amáis, me hicisteis, para que no sean infructuosas en mí; vuestra bondad me crió é hizo de nada; vuestra gracia me santificó en el bautismo; vuestra sabiduría me conserva y gobierna; vuestra misericordia me sufre, espera, recibe y perdona; vuestro amor os trajo del cielo á la tierra y os hizo participante de mis trabajos, que justamente padezco. ¿Qué tengo, Señor, ó qué espero, que no lo deba al amor que me tenéis y á vuestra gracia? ¿O qué bien puedo tener ni desear sin ella? En Vos me dilato y alargo, y en mí me consumo y deshago; en Vos mejoro y me anego en el abismo y grandeza de vuestros bienes; en mí quedo siempre miserable y nada. Trabajo y me canso, ando y desando, ocúpome é inquiétome en cosas y por cosas fuera de Vos; y en todas siempre desfallezco y quedo menor, abatido, derribado y apartado de vuestra suavidad. ¿Cuándo, salud mía, acudiréis á esta vuestra miserable criatura? Sin Vos, todo en mí es miseria; sobre mí reina la ceguedad de las cosas soberanas; debajo de mí la dureza de las terrenas; á los lados la perturbación de mis aficiones; delante el hambre de la vanidad; detrás el olvido de los verdaderos bienes; dentro pobreza de vuestro conocimiento y amor, y así, tan insensible, que juzgo vivir estando sin Vos y sin ningún bien. ¡Oh mi bien, sin el cual vivo en todo mal! ¡Oh mi vida, sin la cual vivo en muerte general! ¡Oh mi salud, sin la cual caigo en enfermedades incurables! ¡Oh mi luz, sin la cual me tengo falsamente por contento en todas estas miserias! Ayudadme, valédme, curadme y alumbradme.

Vos sabéis que sin Vos nada puedo; por eso bajasteis del cielo á la tierra á buscarme, porque yo aquí os hallase conmigo, donde sin Vos os pierdo. Tomasteis mis trabajos sobre Vos, porque en ellos os hallase compañero; sufristeis los dolores que yo merecía para que yo sintiese menos los míos, y me abristeis los ojos para conocer en Vos cuánto mayores penas merezco y cuánto amor os debo. Adóroos mi compañero, adóroos mi consolador verdadero. ¿Qué es va, Señor, en mí ni en mi consuelo? ¿No estoy yo como merezco cuando me cercan enfermedades, desconsuelos, melancolias, inquietudes, tribulaciones y cansancios de la vida? Sienta, pues, Señor yo solo la pena, pues hice solo el mal. Y ya que justamente me castigáis, cuando me dais aflicciones, justo es que padezca yo solo: Vos, buen Jesús, ¿para que habéis de venir á participar de mis dolores? ¡Oh suavísimo y verdaderísimo amador de esta pobre criatura; cómo es verdad que no os delectáis con las pérdidas y penas de vuestras criaturas! ¡Cómo es verdad que para placeres nos criasteis, y no para dolores! ¡Cómo es verdad que nos atribuláis por necesario y justo remedio de nuestros males, y nos consoláis por placer, pues para gustos nos criasteis! Por eso vinisteis al mundo á llorar, á ser fatigado, á sudar, ser tentado, ser perseguido, ser injuriado, ver ingratitudes, tener falsos amigos, sufrir necesidades, andar desterrado peregrinando, sufrir tormentos, muertes y todas

las tribulaciones que yo padezco y otras mucho mayores; no sólo para ayudarme á pasar las mías, sino para acompañarme en sentir las del destierro que justamente me dais. Cuán gran verdad dijo nuestro Apóstol, que tengo en Vos un Pastor de quien no puedo pensar que no se compadezca de mí cuando me atribula; pues fuisteis tentado y probado en todos los trabajos, y por todos pasasteis, para que crea que sentís los míos que os duelen, y así os compadezcáis como experimentado en el sentimiento y peso de ellos. Presentes teniais, mi buen Jesús, cuando en este mundo peregrinabais, todos los trabajos que habéis de permitirme padecer en toda la vida. Ya os dolía mi aflicción, y como buen Padre y Pastor sentíais el azote que me habíais de dar, y me merecíais gracia para sufrirle con aprovechamiento. ¿Cómo, mi buen Pastor, me quejo, pues os veo tan dolorido de mis llagas? ¿Cómo no conozco cuánto me conviene padecerlas, pues aun sintiéndolas Vos tanto me las dais? ¡Oh Señor mío, todo en mí es errad! Mostradme, hermosura del cielo, la blandura de ese vuestro corazón, la sabiduría de la providencia con que me gobernáis, las entrañas paternales con que me amáis cuando me castigáis, y la riqueza de vuestra liberalidad, con que me convertís en bienes y coronas celestiales todo lo que por justo castigo yo padezco.

¡Quién como Vos, Padre mío amantísimo! Ahorca el mundo al adrón, y éste se queda muerto; crucificáis Vos al malhechor, y os duele tanto su dolor que le dais gracia para sufrir, y por el sufrimiento vida eterna. Azota el mundo al culpado, y quédase con su afrenta; azotáis Vos con trabajos nuestras culpas, y con el arrepentimiento pagáis por los azotes suavísimas consolaciones interiores. Derriba el mundo para perder; derribáis Vos para levantar. Carga el mundo para cansar; cargáis Vos para aliviar. ¡Oh mi aliviador, oh mi suave consolador! ¿Por qué no arden mis entrañas en deseo de servirlos y complacerlos? No os contentáis con ayudarme á sacar glorias de las penas, sino que ninguno sabrá explicar cuán largo sois en comunicaros á las almas que afligís, pues las conducís á tal extremo, que entonces viven descontentas, cuando viven sin tribulaciones. Descubridme, Señor, estos vuestros secretos; enseñadme á gloriarme en las tribulaciones y á gustar lo que tenéis escondido para los que se glorían en ellas. ¡Oh amor mío! ¿Para qué trabajo, sino por Vos, en Vos y para Vos? Cuando levantáis mi alma, y estoy abrazado á Vos, y enfervorizado en vuestro amor, no siento la injuria, ni el disfavor, ni la pobreza, ni la necesidad, ni el desprecio, ni otro ningún trabajo; todo lo anegáis en Vos, y mudáis con vuestra presencia en dulces y sabrosos bocados. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Todo queréis que sea paraíso? ¡Oh mi paraíso! ¿Quién me aparta de Vos? ¡Oh mi descanso! ¿Quién me retira de Vos? Abrid, Señor mío, este corazón y entraos en él, ó abridme ese vuestro y entraré yo en vuestra paz, en vuestro amor, en vuestro suave conocimiento. Tan hambriento estáis, Dios mío, de tener conmigo vuestras delicias, que no podéis esperar el dármelas en la casa de

vuestros perpetuos goces, donde me esperáis, sino que aquí me daís las primicias cuando me mostráis vuestra presencia. ¡Oh amor divino y amigo! Ved este corazón que se olvida ya de su destierro y os canta suavemente. Oíd, que á Vos sólo habla, á Vos sólo, á Vos sólo. ¡Cuán suave es mi amor, cuán hermoso mi amigo, cuán dulce mi único Pastor! Desállezco todo en Vos, Dios vivo. Mi alma á Vos sólo desea, mi tesoro, mi suaviad, mi contento, mi hartura, mi esperanza, mi gloria. ¡Ah Dios mío! Oh, si aquí en Vos se acabase cuanto Vos no sois! Viva yo solo en Vos, ¡oh Dios, oh amor mío, oh Jesús!

¡Oh buen Jesús: enseñadme los excesos de vuestro amor y los aprietos que causa en ese dulcísimo corazón! ¿Quién, Señor mío, siente en la muerte de estos inocentes mayor pena? ¿Las madres que cruelmente pierden los hijos, ó los niños que inhumanamente pierden la vida, ó Vos, que con sus muertes conserváis la vuestra. El sentimiento de las madres no pasaba del amor natural; el de los niños es aún sin uso de razón; el vuestro, amantísimo Jesús, es de amor divino, infinito, sapientísimo y ardentísimo, en deseo de morir por todos. ¿Cómo sufrir, Señor, que éstos mueran por daros la vida, siendo propio de Vos darla á todos con vuestra muerte? ¡Ah, Señor! En Vos sólo es el amor envidioso de padecer, y todo esto son invenciones de pasar más dolores que los niños. Cada golpe que en éstos se daba os traspasaba, por no ser Vos el que le llevaba; cada muerte de ellos os afligía, por no ser Vos el que moría por cada uno; ahí os consumía vuestro amor y hartábais la envidia que teníais á estos niños, dando sentencia contra vuestra carne, para que toda fuese maltratada, descoyuntada y atormentada por ellos. Ahí les pagábais la vida, que con sus muertes os mantenía, ofreciéndoles vida eterna, y determinando morir por darla. En cada uno de ellos moríais; por cada uno determinábais morir, y en ellos pensábais para padecer después por ellos hasta la muerte. Así quisisteis, Señor, que ningún mártir os venciese en padecer; y así ordenasteis que viviese para sí muriendo el que piensa que por Vos muere; así hicisteis que lo nuestro por Vos y lo vuestro para nosotros, redundase en eternos bienes. Bendito y alabado sea el tesoro de vuestras larguezas. ¿Quién puede ser pobre con Vos, pues está rico de los tesoros de ese vuestro amor infinito?

¡Oh miserable de mí: en cuántos males caigo por el amor propio en que me embarazo, y por el regalo de este cuerpo cuando huyo del trabajo! Me es triste el ayuno, penosa la oración, pesado el recogimiento, doloroso el santo silencio, molesto el sufrir la pena, intolerable la tentación. Tengo miedo de dejar el gusto de mi cuerpo por Vos; paré-eme que me ha de faltar lo que di por vuestro amor; no me atrevo á resistir mis apetitos; cualquiera cosa que me puede tener con más estrechez ó menos desahogo para ellos, me da miedo, me acobarda, me domina. ¡Oh frialdad congelada de este triste corazón! ¡Cuán lejos está de gozarse en morir por vos! ¡Cuán lejos de tener envidia á quien da la vida por vuestro amor! ¡Cuán

fuera de la fineza, lealtad y pureza del amor que me tenéis! Sin ver sobre mí espadas y martirios, huyo de dar molestias á este enemigo cuerpo; ¿cómo daré por Vos cuerpo y vida? A este, Dios mío, amáis, por este penáis, por este os matáis, por este deseáis dar la vida: tened, Señor, misericordia de mí, esforzad mi cobardía y poquedad. Acabad de levantar esta abatida flaqueza: dadme espíritu para aplicar los hombros á todo trabajo, á todo buen ejercicio, á la mortificación de mi cuerpo, á la imitación de la fineza de ese amor que me tenéis. Acordaos de lo que digisteis, que sin Vos nada podemos hacer. Vos veis, Señor, en mi interior, que muchas veces me mostráis el peligro en que vivo, y me inspiráis que despierte y huya de mí, y me aparte de los gustos que me apartan de Vos; y estoy tan cautivo de mí, y aferrado á mis apetitos, que tengo miedo de ser desatado de ellos, y aunque parece que quisiera dejarlos, quisiera que no fuese tan presto; y cuando me quiero determinar, tengo más miedo de la pena que imagino me han de dar, si los dejare, que del mal que me hacen cuando no los dejo. ¡Oh miserable ceguedad! ¿Quién tiene miedo de la salud? Oh fortaleza mía, esforzadme; romped ya estas prisiones; armadme de vuestra luz y amor, y no tardéis. No se glorie mi enemigo tanto tiempo de que puede más que yo. Vos, Señor, que abriendo vuestra mano lo llenáis todo de bienes, que aplicando vuestra virtud hacéis de los flacos fuertes y de los vencidos poderosos, acordaos que tan vuestro soy, yo flaco y miserable, como todas vuestras criaturas. Acordaos que no dijisteis que viniendo á buscar la oveja errada, la mandasteis volver al rebaño; sino que la tomasteis en vuestros hombros y la llevasteis; porque la que sabe errar mucho, ignora volver á la manada. Esta oveja soy yo; buscadme, Pastor divino, pues erré; recogedme, pues me perdí; llevadme, pues enflaquecí; y volvedme al suave amor y compañía que os hacen vuestras amadas ovejas.

¿Mas qué es esto, Señor? Piensa Herodes conservarse quitándoos la vida? ¿Y tantos niños quiere matar, que no déjéis de ser uno de ellos? Ni para vivir, ni para reinar quiere vuestra compañía, dador poderoso de las vidas y de los reinos. ¡Ah Señor, que cuanto más me maravillo de Herodes y de su tiranía, tanto más me condeno! Si yo soy éste ú otro tal como él, Vos lo sabéis. ¿Por ventura dejaréis de conocer la misma calidad y quilates de la culpa en mí, aunque yo no mate inocentes? ¡Cuántas veces, Señor, juzgué conservar mi crédito, con quitar la honra del prójimo que Vos me mandáis conservar! ¡Cuántas con quebrantar vuestra ley y vuestra verdadera doctrina, pienso conservar el amigo lisonjándole, cumplir mi deseo miptiendo, aumentar mi reputación persiguiendo la virtud, y con ofensas vuestras pasar contento una vida tan llena de muertes, cuantos son los vivos y verdaderos bienes de virtudes que mato en mi alma! ¡Oh bondad infinita, cuánto de esto veis, y sufrís en mí y en el mundo! Casi todo cuanto en el mundo se hace, cuanto se pretende, cuanto se negocia, todo es á costa de ofensas vuestras, de quebrantar vuestra ley, y de perder la virtud y las almas.

En esto consiste el seso, el entendimiento, el gobierno, el sustentarse el mundo: y yo anduve tras de esto olvidado de Vos, más homicida de mí que Herodes de los niños inocentes. Y no siento que andáis huyendo de mí cuando esto hago; y pienso que vivo, que soy, que sé, que hago, que me sustento. Y en todo esto me hallo sin Vos, vida, ser, saber, poder y substancia verdadera y perfecta del alma. Vos con pobreza de espíritu me queréis hacer rey y rico; y yo mato la pobreza para serlo. Vos me queréis hacer grande, con la humildad; y yo la mato para engrandecerme. Vos me queréis hacer honrado con sufrir; y yo pierdo la paciencia por conservar la honra. En todo os contradigo; en todo tengo miedo de vuestra compañía. ¡Oh Señor, cómo quedo sin Vos, qué pobre, qué abatido, qué cautivo, qué infame y cuán apartado de la vida eterna y de los bienes verdaderos! Misericordia, Señor; por ella os pido, que antes me deis la muerte de los inocentes, que la vida del rey Herodes. Sea hoy, Señor, el fin de mis desventuradas muertes y el principio de vivir en Vos. Dadme amor á vuestra ley; sujeción á vuestra doctrina; obediencia á vuestra voluntad. Sea mi prudencia vivir de lo que me enseñáis y morir por lo que me mandáis. Acabad Vos mis males, pues solo en Vos y con vuestra virtud pueden acabar. Dadme, Señor, que de aquí en adelante no quiera miembros, sentidos, potencias del alma, fuerzas y vida, sino para serviros. No es menos gloria vuestra llenar vuestra casa de malos convertidos, que de mártires inocentes. Glorificaos en mí, trayéndome en pos del olor de vuestras virtudes; ese penetre mi interior, ese encienda el amor de esta alma, ese me haga aborrecer el amor del mundo, ese me dé único y perpetuo deseo de Vos, vida de mi alma.

Oh Madre de Dios y Señora mía, que por este Señor y de El vivisteis siempre; por quien los muertos podemos alcanzar vida, resucitación por vuestra intercesión mis miserables muertes, á la vida de puro espíritu y amor de El inseparable. Oh corte celestial, que sólo de la vida, poder y grandeza de este Señor tenéis el reinar con él, alcanzadme que reine El en mí, para que por El vaya yo á reinar con Vos para siempre. Amén.

TRABAJO X

De la obediencia.

ASTANDO Cristo en Egipto después de la cruel muerte de los inocentes, murieron Herodes y los de su bando, que pretendían matar al Señor. Reveló Dios su muerte á San José, esposo de la Virgen, y le mandó que volviese á tierra de Israel con Ella y con el Niño. Vuelto, se aposentó con ellos en la ciudad de Nazaret de Galilea, recelando parar en Judea por miedo de Archelao hijo de Herodes, que reinaba en ella; porque como veía que el Hijo de Dios encubría la divina Majestad de su poder infinito con la humildad de su humanidad y niñez, y que con tan grandes muestras de flaqueza, no quería resistir á ningún trabajo que se le ofreciese; temió San

José que Archelao heredase con el reino de su padre el cruel deseo que tenía de matar á Cristo, y no quiso dar ocasión en lo que estaba de su parte á nueva persecución del Niño Jesús, cuya vida y sustento estaba por entonces á su cargo; y así por esto como por divina revelación, se fué á vivir con El á Nazaret, lo más encubierto, desconocido y disimulado que pudo, sin hacer demostración del divino tesoro que tenía en el divino Jesús, y sin hacer diferencia de El á todos los demás niños del pueblo, siguiendo el orden que por entonces tenía el Padre Eterno con su Eterno Hijo humanado. Allí criaron al Señor la Virgen sacratísima y su Santo esposo. Desde allí, cumpliendo con la ley, iban al templo de Jerusalén cuando Ella lo mandaba; donde el Niño siendo de doce años se dejó perder, y fué hallado por ellos en el templo al tercer día. Allí le mantuvieron con el trabajo de sus manos como pobres hasta la edad de treinta años, en que el Señor tuvo por bien el manifestarse al mundo con divinas obras y doctrinas. Y de todo aquel tiempo de la vida del Señor á esta edad, no se escribe de El otra cosa, sino que estaba sujeto á la obediencia de nuestra Señora y de San José.

En la virtud de la obediencia se resume toda la vida, obras y doctrinas del Señor, y es como un género generalísimo, ó un árbol de que procedieron, y en que se fundaron todos sus trabajos. San Pablo atribuye á esta virtud toda la gloria que el Padre Eterno dió á su Unigénito Hijo y á su nombre en la tierra: *Porque fué obediente en todo, hasta morir por obediencia en la cruz; por eso, dice, le ensalzó Dios y le dió el soberano nombre de Jesús, al cual adoren todos en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y todos crean y confiesen que él es Dios y que está á la diestra de Dios Padre.* Así en lo que de El escriben los Santos Evangelistas, ninguna cosa hallamos más general que la obediencia. Llámase *Mestas*, que quiere decir enviado, y declara que la obediencia le trajo á la tierra, y que entró en ella del modo que estaba ordenado por el Padre Eterno. La primera palabra que se escribe haber salido de su sacratísima boca, es la que dijo á nuestra Señora cuando fué hallado de doce años en el Templo entre los doctores: *¿No sabéis que en las cosas de mi Padre conviene que yo esté ocupado?* Como que ya la Señora no debía tener otra cosa más sabida y cierta, que ser el único cuidado de su Hijo el desvelo de hacer la voluntad de su Eterno Padre. Y aunque el Señor había hablado otras muchas cosas y en aquel mismo lance, dice San Lucas, que estaba preguntando en el Templo á los doctores, no quiso el Espíritu Santo que nuestra fe supiese otra primera palabra de aquella divina y sapientísima boca, sino la de la obediencia.

De la vida del Señor desde doce á treinta años (llena toda de admirables ejemplos y virtudes, que si estuviera escrita bastara leerla para enseñar perfectamente á las almas sin otras más palabras), no se dice otra cosa sino que vivía en obediencia, sujeto á nuestra Señora y á San José, sin querer que supiésemos de El más que obediencia, no sólo para con Dios, sino para con los hombres, que